

Leonardo Sciascia

1912+1

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

El 8 de noviembre de 1913 (1912+1, como escribió en cierta ocasión

D'Annunzio

para exorcisar el número fatídico), en San Remo, la condesa Tiepolo, esposa de un capitán de los Bersaglieri, mata de un disparo al asistente de su marido, Quintilio Polimanti, quien, según la condesa, había intentado forzarla sexualmente. El proceso no tendrá lugar hasta cinco meses después. A pesar de la debilidad de los argumentos de la defensa, las incongruencias y las comprobaciones contradictorias, se salvaguardará finalmente el sacrosanto concepto de la familia.

LEONARDO SCIASCIA
1912 + 1

Traducción de José Ramón Monreal

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *1912 + 1*
© 1986 Adelphi Edizioni S.P.A. Milano

Traducción del italiano de José Ramón Monreal
1ª edición: septiembre 1987
2ª edición: octubre 1987
Tusquets Editores, S.A
ISBN: 84-7223-254-9

Ilustración de la cubierta: detalles de *Viva el pelo* (1928)
de Julio Romero de Torres.
Museo Julio Romero de Torres, Córdoba.

—¿Vamos?
—Bueno, vamos.

—¿Volvemos?
—Bueno, volvamos.

Aldo Palazzeschi, «El paseo»

No sé si durante todo el año 1913, pero sí al menos en una ocasión,
D'Annunzio,
al dedicar una obra suya, escribió «1912 + 1»: por superstición suya o de la persona a la que se lo dedicaba o bien de los dos. En la Italia septentrional el 13 es considerado portador de desgracias igual que en la meridional lo es el 17: desacuerdo todavía no aplacado, pero que entonces estaba tan vivo que los hombres del Sur habían escogido el 13 como mascota, como amuleto: y lo recuerdo de oro, horadado dentro de un arito, bambolearse del bolsillo del chaleco sobre las imponentes panzas de sus orondos poseedores. Optando por el Norte, como buen abrucés que había atravesado triunfalmente la línea,
D'Annunzio
quería atravesar también a toda prisa y con los ojos cerrados el año 1913. En cambio 1913, a pesar de que el aquilón de las deudas que no conseguía pagar soplaba aún en Italia y le había llevado a su exilio en Arcachon, era su buen año: o mejor dicho, uno más que añadir, gracias a una suerte creciente y de igual signo, a los siguientes, hasta el advenimiento del fascismo. En ese año, el propio exilio se le doraba con un éxito que en Francia y el mundo entero alcanzaba su punto álgido. Duraba ya una docena de años, pero en aquél —el año de su confirmación y consagración como escritor francés y en el que se le traduce al italiano— había llegado a su punto máximo. Ya ocho años antes, en el
L'Oeuvre,
asistiendo a la representación de *La Gioconda*, fue Léon Blum quien, al final del primer acto, daba la señal del prolongado aplauso. Durante el intervalo, entre Blum y Renard se cruzaron las siguientes acres agudezas: «Tenéis aspecto de estar encolerizado», le dijo Blum. «Sí, debido a vuestro entusiasmo», fue la respuesta de Renard. Y creo que mi pasada aversión por
D'Annunzio,
mi intolerancia a releerle hoy, encuentran en esta agudeza de Renard una razón preeminente. Más que
D'Annunzio,
lo que me resulta insoportable es el dannunzianismo (hoy oculto); insoportables los dannunzianos: también aquellos que nunca le han leído ni le leerán, que saben de él lo bastante —de su vida, de su fascismo— para creerse alejados de él. Y hay que decir, por amor a la verdad, que el entusiasmo del socialista Blum en el
L'Oeuvre,
en aquel lejano 1905, puede a su vez ser considerado un signo, entre los muchos que vendrían después, de las contradicciones imprevisibles del socialismo, los socialismos, los socialistas.
Es fácil imaginar el entusiasmo de Blum por el
D'Annunzio
francés, por el francés de
D'Annunzio.
Y me detengo en Blum para dar una idea lo más extensa posible de la fama de
D'Annunzio
en aquellos años, en aquel año. En Italia, como socialista, se podía estar en contra de la guerra de Libia: pero so pena de sentirse como réprobo, como excluido de una fiesta en la que, entre el flamear de banderas y penachos de plumas de los bersaglieri, el vibrar de los cobres de las bandas, el esplendor de todos los oropeles patrióticos e independentistas, destacaban, resonantes, «Las canciones de la gesta de ultramar» que
D'Annunzio
enviaba desde Arcachon al *Corriere della Sera*. Generales y almirantes, soldados y marinos caídos en la línea de playa de Libia se ofrecían al canto del poeta, y el poeta ofrecía su canto a la «nación elegida», a los italianos

todos. Pascoli, el manso Pascoli, había brindado su salutación augural: «la gran proletaria ha salido» —hacia la «cuarta orilla»^[1], hacia Libia, hacia Trípoli. Y quizás existiese una cierta confusión entre Trípoli de Libia y Trípoli de Siria; confusión debida al hecho de que, hasta ese momento, el nombre de Trípoli estaba en la memoria de los italianos solamente por la conmovedora historia de amor que otro poeta, que no había estado a tiempo de cantar la gesta de ultramar, había cantado en versos que para aquellos de mi edad todavía hoy resultan inolvidables (uno de los cuales, reclamado por la historia que quiero contar aquí y ahora, me viene insistentemente a la memoria: «Condesa, ¿qué es la vida?»): la historia del denodado amor de Jaufré Rudel, trovador provenzal, por Melisenda, condesa de Trípoli. De Trípoli de Siria. Y de ahí acaso la cancioncilla, casi un himno, una marcha que se agregaba a la real, que veía en Trípoli de Libia una «hermosa tierra de amor». Amor de la tierra ahora ya no más lejana: y de la que

D'Annunzio

saboreaba aromas, olfateaba perfumes, vislumbraba arenales y palmeras, auroras y crepúsculos. Libro cuarto de los *Laúdes: Mérope*, diez canciones, una de ellas dedicada a Elena de Francia, duquesa de Aosta, de quien los hermanos Treves al año siguiente (exactamente el jueves 16 de octubre de 1913: fecha anunciada como memorable) publicarían un lujoso volumen de *Viajes al Africa*. «La dulce Francia», «faz de oro como la flor de lis», viajes al Africa (también para traer los muertos a las «maternas tumbas» y los heridos a los hospitales de Palermo): todo marchaba, hay que decirlo, derecho, lo contrario de torcido, al

D'Annunzio

exiliado con todo lujo, entre galgos y mujeres, en Arcachon. Cantaba y cantaba: no se cansaba de cantar «al salvaje anhelo, a la gota que chorrea, al largo esfuerzo con la cabeza baja, a los pulsos entre los rayos de la rueda, a los hombros que alzan la caja y la llevan, a la orden de fuego, al blanco, a la primera acometida a la masa enemiga, al campo raso, al ronco grito de los gaznates resecos, a cada nueva línea abatida, al alegre ardor del juego; o a Ameglio, y al hierro frío...» (son, como se habrá observado, versos; pero los transcribo como prosa para devolverlos mejor a su insensatez y atrocidad, pues la prosa no perdona). Y he aquí que en Palermo, donde había nacido el general Giovanni Ameglio (nombrado gobernador de Cirenaica una vez acabada la guerra e iniciada la guerrilla), el «hierro frío» celebrado por el poeta se materializa en un don fastuoso y festivo: una espada de hoja damasquinada, de moldeada empuñadura de oro y plata, con escenas de batalla, figuras femeninas y emblemas, realizadas por el escultor palermitano Mario Rutelli, el mismo de las náyades de la fuente de la Exedra. La recargada empuñadura traía una inscripción que rezaba: «A Giovanni Ameglio, su ciudad natal, Palermo. MCMXIII».

En Cirenaica la guerrilla hostigaba. Tribunales de guerra se reunían asiduamente para juzgar a los rebeldes: es decir, para pasarlos por los pelotones de ejecución. A los italianos les llegaban algunas imágenes de ello: simples bosquejos, fotografías. ¿Con qué sentimiento se debió de ver entonces esta fotografía que tengo ante mis ojos, del fusilamiento de un árabe entre las dunas? El pelotón formado en dos filas, el oficial a punto de dar la orden de fuego, el condenado que parece alejadísimo del pelotón, como perdido entre las ondulaciones de las dunas. Agosto de 1913. 1912 + 1.

El 26 de octubre de 1913 se vota para el Parlamento del Reino: por primera vez, mediante el sufragio universal, o casi. De los 3.200.000 votantes de las elecciones precedentes se pasa a los 8.500.000. Un enorme salto. ¿No será —miedo de siempre— un salto en el vacío?

No se comprende —de modo difuso en la prensa y entre la gente bienpensante— por qué el astuto Giolitti ha podido querer nunca el sufragio universal. Una *défaillance*, un error de su parte.

La jornada electoral transcurre, en resumidas cuentas, de forma tranquila: unas pocas cuchilladas, algunos bastonazos, algún pistoletazo. En Parma es arrestado Filippo Corridoni, sindicalista agitado y agitador: los de mi edad, sin embargo, guardan de él la imagen, difundida en las aulas escolares por el fascismo, de un hombre de orden: expresión serena, bien peinado, cuello almidonado, corbata. Tomó su nombre —Corridonia— del pueblo que le vio nacer, Pausula, en la provincia de Macerata.

Pero Giolitti había tenido buen ojo: el gran miedo a que los 5.300.000 nuevos votantes fuesen a parar al partido socialista, carecía de razón de ser. Los socialistas pasan de 58 a 78 diputados. Toda la izquierda —izquierda nominalmente— obtiene los 165. La mayoría —la del anciano Giolitti que decía hallarse ya cansado y aspiraba a un bien merecido descanso— obtiene, en cambio, unos 348. Sólo en Bolonia puede hablarse de un éxito «inesperado» de los socialistas. En el *Carlino*, Bergeret (Marroni) se consuela de ello escribiendo: «La experiencia enseña que, cuando las monarquías tienen necesidad de buenos ministros de Policía, de esos que con gusto mandan disparar sobre el pueblo, siempre los encuentra con tal de que vayan a buscarlos entre los abogados que hicieron su entrada en el Parlamento con las enseñas de la revolución. Dentro de diez años...».

Profecía que es preciso entender más allá del término de los diez años, dentro de los cuales, por otro lado, se cumplió puntualmente.

¿Pero qué pasaba en Italia para impedir que resultasen ciertas las desoladas previsiones de un avance arrollador de los socialistas gracias al sufragio universal? Lo que pasaba no era sino que sobre la secretada (de secreción) y secreta cordura de los italianos^[2] —que podría resumirse, aproximadamente, en el proverbio de aún vigente magisterio que dice que más vale malo conocido que bueno por conocer— un caballero de provincias, abogado penalista que encontraba placer en la agricultura y en la caza, camarero secreto de Su Santidad (con ejercicio), puesto a la cabeza de la Unión Electoral Católica, había ideado un pacto articulado en siete puntos que aseguraba, a los políticos de política moderada que lo aceptaran, el apoyo electoral de los católicos. Parece que lo aceptaron 330 de los candidatos al Parlamento; y parece asimismo que salieron elegidos nada menos que 228 de ellos, que es una bonita cifra. El pacto Gentiloni: del conde Vincenzo Ottorino Gentiloni, nacido en Filottrano, en la Marca de Ancona, en 1865; y por tanto, en 1913, contaba cuarenta y ocho años bien llevados, a juzgar por los retratos, y diría uno también que bien disfrutados: sin embargo, a los tres años del resonante éxito del pacto, fallecía.

Antes del triunfo, nada se sabía del conde Gentiloni: su apellido hacía como de apellido del pacto. Pero apenas conocido el éxito electoral, no tardaron en preguntarse todos quién era el sagaz y misterioso artífice de ese acuerdo. Y ante todo: ¿cuál era su nombre de pila? Lo preguntaron a la *Illustrazione Italiana* de las «gentiles lectoras»; y si hasta las «gentiles lectoras» sentían curiosidad por el conde, puede argüirse qué curiosidad no haría hervir a Italia entera. *La Illustrazione Italiana* responde, tras diligentes averiguaciones, que Gentiloni se llama Ottorino, haciendo caso omiso de su primer nombre o callándolo por el simple gusto de empeñarse en considerar que Ottorino es diminutivo de Ottone, que Otón era el nombre de Bismarck y que Gentiloni había sido, en la contienda electoral recién finalizada, «una especie de Bismarck»: más en pequeño, se comprende, y en cosas más pequeñas: pero de una innegable habilidad. Vincenzo, Ottorino: ello me recuerda aquella ocurrencia de Antonio Baldini a propósito de Aleardo Aleardi, cuyo nombre de pila no era Aleardo sino Gaetano: «sentimientos del verdadero Aleardo han invadido los versos del verdadero Gaetano, y sentimientos del verdadero Gaetano los versos del verdadero Aleardo». Así que el conde Gentiloni se comporta en cierto momento como Vincenzo: concede una entrevista a un periódico. La propia *Illustrazione* se queja, lo deplora, se lamenta: «¡la fascinación del misterio se ha desvanecido! ¡El encanto se ha roto!». Pero al preferir el nombre de Vincenzo al de Ottorino, al comportarse como Vincenzo, al revelar lo que debía revelar, encuentro que, precisamente, Gentiloni venía a coronar su obra. No había fundado, como les gustaba creer a los italianos, una más oscura, más seria y más poderosa masonería: había fundado la política de los católicos italianos, que en parte, y nada más que en parte, adoptará posteriormente el nombre de partido. El Partido Popular de don Luigi Sturzo, la Democracia Cristiana de De Gasperi, de Fanfani, de Moro. Digo en parte porque el resto se deslíe y disuelve en todo lo que en Italia es política, en el no decir y en el hacer de la política: con apenas algún residuo, alguna esquirra o cristal de resistencia.

Mientras el pacto Gentiloni triunfaba, en Roma moría el cardenal Mariano Rampolla del Tindaro. Secretario de Estado con León XIII, estaba dentro del orden de cosas que le sucediera: pero cuando, en el primer escrutinio del cónclave, recayeron sobre su nombre veintinueve de los votos, el cardenal arzobispo de Viena se vio obligado a manifestar el veto del emperador de Austria. Se podía no tenerlo en cuenta: y, en efecto, en el escrutinio siguiente Rampolla obtuvo treinta votos. Pero no fue sino una rebelión pasajera: salió elegido a continuación el cardenal Sarto, Pío X. Más quizá que el veto del emperador, que reprobaba la firme amistad mostrada a Francia por Rampolla, fue su carácter inflexible, su encarnizada defensa del *non expedit* lo que movió al cónclave a encontrar otra salida. No eran ya tiempos aquéllos para el *non expedit* (Panzini, *Diccionario moderno*: «frase latina que significa no es *expediente*, no es necesario, esto es, prohibido. *Non expedit* es propiamente la fórmula ritual de la cancillería apostólica para cuando no se cree conveniente conceder alguna cosa solicitada. En el lenguaje de la política este *non expedit* vino a significar hasta fechas recientes la prohibición impuesta en Italia a los católicos y a los buenos creyentes de participar con su voto en las elecciones políticas, puesto que el mero hecho de participar conllevaba ya el reconocimiento de los hechos que condujeron a la abolición del poder temporal de los pontífices»). Se iniciaba el largo período —que llega hasta nosotros, y que es de creer proseguirá más allá de nuestras vidas— de las componendas, de las conciliaciones, de los acuerdos: con celebraciones más o menos clamorosas. El pacto Gentiloni. El Tratado de Letrán. El artículo 7 del Tratado de Letrán votado por la Asamblea Constituyente republicana. La unidad o solidaridad nacional de ayer, con Moro inmolado en ese altar. Viene a mi memoria a modo de apólogo el recuerdo de la única vez que he visto y escuchado a Giorgio La Pira. Fue en Mesina, en la gran exposición de Antonello, hace treinta y tres años. No a mí, a sus viejos amigos
Vann'Antò

y Pugliatti, a los que yo acompañaba, les hablaba La Pira del consejo municipal de Florencia y del Parlamento, de lo que quería, y de lo que a veces lograba obtener. El acuerdo. «Hay que estar de acuerdo», repetía. Todos de acuerdo. Movía sus pequeñas manos como si quisiese modelar materialmente el acuerdo: masa dócil y suavísima. Yo experimentaba una sensación casi de vértigo: y me echaba para atrás, como ante una ventana abierta sobre el vacío, mientras contemplaba los cuadros de Antonello, que no parecía estar de acuerdo. Todos luminosos y fríos cual diamantes; y los retratos aquellos mirando de soslayo, con escepticismo, con ironía...

El texto del pacto Gentiloni es brevísimo y está exento de tonos imperiosos o solemnes: sumiso, humilde. Sólo en lo concerniente al divorcio adopta decisión e intransigencia: «absoluta oposición al divorcio». Un pacto sobre el que podían *estar todos de acuerdo*, inclusive los más tenaces sostenedores del divorcio, que podían resignarse cómodamente a admitir que los italianos no estaban lo suficientemente «maduros» para el divorcio: y con el consenso de una buena parte de los «inmaduros». Esto de la «inmadurez» de los italianos para disfrutar de ciertas libertades, y en definitiva de la libertad, no deja de ser una opinión tan chusca como penosa, sobre todo cuando se la pronuncia desde las alturas y se la ve encontrar amplio consenso en la base. En el tren, en el autobús, en las tertulias, en las salas de espera, toda conversación sobre las libertades, sobre la libertad, encuentra soporte en la melancólica constatación de que «aún no estamos lo suficientemente maduros». Pero al menos existe la madurez de saberse inmaduros: lo cual puede acabar también por corromper.

Entre los siete puntos del pacto Gentiloni, lo que de esencial emerge entre las generalidades es lo siguiente: «oposición a toda propuesta de ley que vaya en detrimento de las congregaciones religiosas y que de cualquier modo tienda a perturbar la paz religiosa de la nación»; «que no sean impuestas condiciones que obstaculicen y desacrediten la labor de la enseñanza privada»; «proveer de fórmulas jurídicas y garantías prácticas y eficaces al derecho de los padres de familia a disponer para sus hijos de una instrucción religiosa seria en las escuelas públicas»; «resistir a toda tentativa de debilitar la unidad de la familia, y consiguientemente absoluta oposición al divorcio». Expresiones de voluntad a las que después habría de dar amplio respaldo el gobierno fascista con el Tratado de Letrán; sin mencionar la generosidad con que transigieron los sucesivos gobiernos de la restaurada democracia.

Por encima de lo que pudieran pensar el conde Gentiloni y la Unión Electoral Católica, por encima de las precauciones, se hallaba, pues, la familia, la unidad de la familia. Y he aquí que un caso que podría decirse propio del pacto Gentiloni, por lo que reúne, por lo que esconde, por lo que concurre en él para hacérmelo ver hoy ambiguo y ejemplar, ejemplarmente ambiguo, ambiguamente ejemplar, estalló en San Remo dos semanas después de las elecciones, cuando todavía la prensa estaba tratando de hacer el cómputo del incremento o descenso de los partidos, la solidez de la mayoría y la de la oposición; de trazar la biografía de los nuevos elegidos y de dirigir un fugaz saludo a los que no habían salido reelegidos; y sobre todo de elogiar la intuición del conde Gentiloni, lo concreto y sólido de sus argumentos políticos: aun cuando se los hubiera querido más tenebrosos, más secretos y más misteriosos.

8 de noviembre de 1913: la condesa Maria Tiepolo, esposa del capitán Cario Ferruccio Oggioni, mata al asistente de su esposo, el bersagliere Quintilio Polimanti.

La señora María Oggioni, nacida Tiepolo: pero los periódicos no tardan en hacerla condesa Tiepolo. Primero se la presenta como descendiente «de la familia del célebre pintor Tiepolo»; aunque no se tarda en dar preferencia a los Dux, «la familia de los Dux venecianos». Cincuenta años después anota Longanesi: «No hay comunista que, sentado junto a un duque, no experimente un estremecimiento de placer». Puede imaginarse la clase de estremecimiento que debía de proporcionar poder escribir y hablar acerca de la condesa Tiepolo en lugar de hacerlo de la señora Oggioni: con el estremecimiento añadido de saber que la condesa había acabado, de un solo tiro, con la vida de un bersagliere. Este bersagliere, natural de Monsampietro Morico, en Piceno, recibía en las crónicas también un cierto ennoblecimiento: del oficio de carpintero, que ejercía con anterioridad a ser llamado a las armas, había sido promovido al de ebanista. «Se diría que el *ebanista* no debería trabajar más que el ébano; pero en cualquier parte de Italia, al *stipettajo* que hace con las maderas no corrientes trabajos poco comunes, se le conoce por *ebanista*», dice Tommaseo. Frecuentador como he sido en mi infancia de las carpinterías —y cómo me hubiera gustado aprender el oficio— no tuve nunca la fortuna de ver un solo pedazo de ébano: así que, lo que entre todos los carpinteros del pueblo se conocía por el nombre de ebanista, y que equivalía a decir el que más vale, me parecía a mí una especie de título conseguido mediante una prueba, un examen, y haciéndole trabajar un trozo de ébano del que yo sabía estaban hechos algunos preciosos bastones. Para Quintilio Polimanti, un título ganado a su muerte. Ebanista. Pero en mayor medida hacía uso de él la acusación privada. El bersagliere y el asistente estaban más en consonancia con el caso y constituían una identidad en lugar de aquel nombre difícil de recordar y saviniano *avant la lettre*. Quintilio Polimanti. Y tenía un

hermano de nombre Paride, y un tío Priamo.

El hecho de que lo hubieran enrolado entre los bersaglieri, nos habla de una constitución física robusta y ágil, de un tórax amplio y poderoso aliento, de una aptitud y resistencia para la carrera. Los bersaglieri, a menos que estén en sus horas de salida, deben andar siempre a la carrera. Y «arrollar»: por norma. El general Alessandro Lamarmora había creado el cuerpo para los desplazamientos rápidos y las acciones arrolladoras: y acaso fuese idea también suya ese atadito de plumas iridiscentes que colgaban del sombrero. Plumas de gallo, con toda intención: a fin de añadir un toque al *gallismo*^[3] itálico.

Dejados sueltos los corresponsales locales para que recogieran noticias sobre Polimanti y familia, se supo al día siguiente por los periódicos que tanto el padre como el tío se encontraban todavía en Monsampietro Morico, «comerciendo con estancos» (que creo debía de querer decir con estanqueros); mientras que Quintilio y su hermano Paride, sastre, se habían trasladado a Fermo: y Quintilio era recordado allí más como ciclista que como ebanista. Simpático, dado a la alegría: y sorprendía, a quienes le habían conocido, el saber que se había adaptado «al humilde empleo de asistente».

Asistente. Pero, con ascendientes literarios, ordenanza. Foscolo hace con ello un juego de palabras: «ordena a tu ordenanza...». Y De Amicis, en su *Vida militar*, traza el relato de su convivencia con dos ordenanzas: de justos, contenidos y púdicos sentimientos el primero; carente de todo sentimiento y estrafulario en el servicio el segundo: y le llama «original». Cuando no era más que estúpido: y no se comprende cómo lo pudo tener con él, si no le causaba más que daños sin la menor compensación afectiva.

En cuanto a la definición, la más exacta se la debemos al padre Alberto Guglielmotti y a su *Vocabulario marino y militar* (algunas de cuyas voces D'Annunzio

pone en verso de forma admirable, verdaderamente admirable): «Se llamaba *soldado* o *marinero de ordenanza* no hace mucho a todos aquellos marineros o soldados que eran dispensados del servicio corriente de plaza o de a bordo y estaban nada más que adscritos al servicio personal de algún oficial». Resulta tan exacto que contiene la razón por la cual Quintilio Polimanti eligió atender a empleos que, si bien eran modestos, le dispensaban en cambio del fatigoso servicio de plaza de armas, que para un bersagliere era fatigosísimo. Aquellos de sus conciudadanos que se maravillaban del empleo de asistente de Polimanti, o bien no habían hecho el servicio militar o bien guardaban de él un recuerdo ligado a sus años de juventud, proclive ya al embellecimiento. Llegado como se decía, al regimiento, y tras un par de jornadas dedicadas a los servicios militares, un joven campesino o artesano con la suficiente listeza y ninguna vocación de marchar durante horas, bajo el sol o la lluvia, con una mochila de veinte kilos auestas, corriendo encima el riesgo de acabar en un calabozo a pan y agua al menor descuido, era un candidato hasta apasionado al empleo de asistente. Entre las personas a las que en años lejanos, en las eras o en las tiendas, yo oía contar sus años de vida militar (y de guerra), las más inteligentes de todas eran sin duda las que habían encontrado algún amparo haciendo de asistentes. Y no faltaba quien recordase los caprichos y locuras del oficial a quien servía, de la mujer, de los hijos: mas con indulgencia, con afecto —y, en resumidas cuentas, al modo de De Amicis en su relato «El ordenanza», el que no era «original». Y más que el oficial, era la mujer, eran los hijos, los protagonistas de tales evocaciones, de tales recuerdos: siempre jocosos; y en ocasiones, los que hacían referencia a la mujer, de una jocosidad bocachasca.

«Antes cerdo que soldado», rezaba el refrán: con la idea puesta ante todo en el rancho, en la nauseabunda pasta y en las alubias, en las nauseabundas escudillas (pues cada uno tenía que limpiar la suya, reduciéndose todo a pasarle un poco de agua: y así pasaban de un reemplazo a otro nunca debidamente limpias). Un ordenanza, por el contrario, no se reintegraba al cuartel más que a la caída de la tarde: se evitaba así el rancho, en los horarios de diana y retreta. Y tenía la ilusión, y a veces no sólo la ilusión, de la vida en familia, rodeado de atenciones y de sentimientos familiares. Iba a hacer la compra diaria o acompañaba a la señora; llevaba a los niños a la escuela y los pasaba a recoger; sacaba brillo a la plata. Si tenía por oficio el de sastre, le daban a entallar o arreglar los vestidos; si carpintero o mecánico, alguna cosilla en que emplearlo o que arreglar nunca faltaba; si era campesino, estaba el jardín, estaba el gallinero: y casi siempre los había, entonces.

El servicio de quintas era por entonces mucho más largo de lo que es en la actualidad: pero Polimanti estaba ya a punto de licenciarse, le quedaban aún unos pocos días, poquísimos. Y acaso fuera esto lo que precipitó el drama, cualquiera que haya sido su móvil: la legítima defensa del honor, según la condesa y sus defensores; poner resueltamente fin a un vínculo peligroso —otro móvil más turbio y complicado— en opinión de la mayoría. La condesa había manifestado enseguida «que el ordenanza había tratado de penetrar en su dormitorio y ejercer violencia sobre su persona, y que ella, armada de un revólver, había hecho fuego sobre él, causándole la muerte». *Il Messaggero* del 9 de noviembre dice: «Al parecer se trata de una versión exacta» y titula el

reportaje: «En defensa del honor»; si bien confía al lector que se trata de una dama de «suma belleza» y que Polimanti «era un joven apuesto, alto, de pelo crespo y rubio»: datos por los que el lector puede tomarse lo de «al parecer» no sin desconfianza, duda, o todo lo contrario de certeza. Decir a los italianos que entre una bella mujer y un apuesto joven, durante meses bajo un mismo techo y hallándose a menudo a solas, en orden a sentimientos e instintos, no ha habido más que un disparo de revólver, hecho por la mujer con el fin de defenderse del joven, no es sino una preterición, una contradicción en los términos. Y, efectivamente, he aquí que el mismo periódico, días más tarde, reconoce que la opinión pública no se conforma con dicha versión que parecía exacta y que son muchos los que ven en el hecho, y en otros relacionados con la condesa y que el periódico prefiere no recoger, motivos pasionales, de una relación entre la condesa y el ordenanza que acabó, no se sabe aún por qué ni cómo, de un modo trágico. «La verdad sólo se sabrá con la instrucción del sumario». Entre tanto familiares y amigos hacen saber que la condesa, desde hacía cerca de tres años, sufría de epilepsia, y justo unos días antes había sufrido un fortísimo ataque.

Sea como fuere, mientras los restos mortales de Polimanti todavía reposan en la cámara mortuoria del cuartel de los bersaglieri, en espera de la llegada de sus parientes para el sepelio, la condesa había nombrado a su defensor: el abogado Orazio Raimondo, socialista, que pocos días antes había sido elegido diputado por el colegio de Oneglia y había tenido ocasión de discursar largamente en el Parlamento. Más que obtener ventaja, para derrotar a su «moderado» adversario el honorable Marsaglia, del no ingente crecimiento del Partido socialista, el abogado Raimondo había salido elegido por el buen recuerdo que en Oneglia se guardaba de su abuelo, el honorable Biancheri, que había sido presidente de la Cámara de diputados. La condesa Tiepolo podía, pues, considerarse en buenas manos: el abogado Raimondo era de militancia socialista y herencia liberal; de copioso y vibrante verbo, según constaba ya en las crónicas parlamentarias. Que luego, ocho meses después, los periódicos aludan a él como «exsocialista oficial», no quiere sino decir que había dejado el partido aunque, eso sí, declarando que seguía siéndole fiel en las ideas: caso no muy distinto del de otros tantos que hemos podido ver en los últimos cuarenta años. Más que cualquier otro partido, el socialista brinda la posibilidad del desacuerdo, del abandono del mismo: en la presunción —o en la retórica— de ser *más socialista* de lo que el partido permite en ese momento. Pero no es infrecuente el caso de que el declararse *más socialista* y dejar el partido esconde el serlo menos o el no serlo ya nada.

En poco más de una semana, el caso Tiepolo desaparece de los periódicos. Otras noticias vienen a ocupar su lugar: el tango que llega de París; el *Parsifal* que se representa en la Scala con un intervalo que permite ir a cenar tranquilamente (lo que provoca un debate entre los que aceptan la novedad como excepción, y aquellos que la rechazan en nombre de la tradición italiana); y está la reaparición, en Florencia, de *La Gioconda* de Leonardo, que había sido robada del Louvre dos años antes. Había desaparecido misteriosa, inexplicablemente: reaparece, por así decirlo, banalmente: se la había llevado con suma facilidad un obrero italiano deseoso de devolverla a su patria, no sin cierta recompensa. Una desilusión: se había pensado en un Rocambole, cuando de repente se saca a relucir a un pintor de brocha gorda fichado por la policía francesa, no se sabe si por robo o por alguna infracción. Se encuentra así motivo para lanzar reproches contra la policía francesa: pues ésta tenía conocimiento de que el pintor italiano figuraba entre los obreros que habían entrado en el Louvre el día del robo, llegando incluso a interrogarle; pero sin tomarse la molestia de confrontar las huellas digitales con las que habían quedado nítidamente impresas en el vidrio que había sido despojado de la obra maestra de Leonardo, ni tan siquiera de llevar a cabo un registro en el pequeño cuarto que ocupaba el pintor y donde, debajo de la cama, había tenido oculta durante dos años, privando de ella a millares de personas, la sonrisa de la Gioconda. Sonrisa que Ortega y Gasset tratará de desacralizar y La Voz de su Amo de vulgarizar, eligiendo la imagen de la Gioconda para decorar las cajitas de las agujas del gramófono; sin hablar de la broma un tanto pueril, por no decir completamente idiota, de los futuristas de endilgarle un par de tupidos bigotes caídos a su sonrisa. Pero quién sabe si a Aldous Huxley, de ver una y otra vez en Florencia, donde estuvo expuesta religiosamente *La Gioconda* tras ser recuperada, no se le ocurrió la idea de una broma mucho más inteligente: la de su relato titulado precisamente «La sonrisa de la Gioconda», que a mí, de manera irresistible, y acaso también injusta, me remite a la condesa Tiepolo. ¿Se asemejaba la sonrisa de la condesa Tiepolo a la de *La Gioconda*?

Pero también *La Gioconda*, cuya restitución a Francia señala la renovación del amor latino, y con lo que en torno a él se dice en Francia y en Italia, nos avisa de que en la Triple Alianza no reina tanto el acuerdo y la alegría como el marqués de San Giuliano pretende hacer creer; así pues, también la Gioconda es devorada por los furores del tango. Por ello Marinetti, adversario del tango desde el año anterior, cuando había comenzado su difusión en París, lanza una «circular futurista»: «¡Abajo el tango y *Parsifal*!» También *Parsifal*: «fábrica cooperativa de tristeza y desesperos». ¿Y quién iba a decírselo a los actuales exhumadores de *Parsifal*?

Parece que
D'Annunzio

dijo de Marinetti que era un cretino con ciertos destellos de imbecilidad. Y puede decirse que su carta contra el tango y *Parsifal* es una carta llena de chispa: pero con los tiempos que corrían, quien quiera que la considere chispeante de inteligencia, de ingenio. ¡Oh las vanguardias! Más de 5.000 (cinco mil se dice) son las erratas de imprenta encontradas hasta hoy —desde 1922— en el *Ulises* de Joyce: pero el señor Richard Ellmann, encargado de la edición finalmente corregida, afirma tranquilamente que, «como la obra gozaba de la fama de ser incomprensible, los errores no habían sido advertidos. Cuando los lectores encontraban una frase oscura, pensaban que la culpa era de Joyce...» No tengo conmigo el texto original de las declaraciones: ¿es posible que el señor Ellmann haya dicho, justo eso, «culpa»? ¡Pero qué culpa! Ni de Joyce ni del tipógrafo. ¡Y si acaso, *felix culpa*! Feliz, afortunada; felicísima, afortunadísima.

El 29 de abril de 1914 comienza, en la sala de lo criminal de Oneglia, el proceso a la condesa. Muchas más personas de las que la sala puede acoger, aguardan: y la mayoría de ellas han de conformarse únicamente con ver a la condesa llegar en coche cerrado y, cubierta con un velo, entrar en el palacio de justicia acompañada por un teniente de carabineros. Sólo una vez en la sala, dentro de la jaula, la condesa se levanta el velo: «Es hermosa, y debe de haber sido hermosísima: pálido el rostro y delicado; los cabellos de un castaño claro, casi rubio; los ojos vivos y limpios; el mirar profundo». Los espectadores se sienten impresionados, pero no conmovidos: casi todos están allí para ver confirmado lo que desde siempre han sabido: que la ley no es igual para todos, que la justicia no es justa. Cuando la madre de Polimanti llega gritando: «¿dónde está mi hijo?», entonces sí, un sobresalto de emoción recorre y llega a la acusada, que saca de su bolsito un pequeño pañuelo y unas sales. Actualmente desaparecidas de los bolsitos de las damas, eran entonces una parte indispensable de su ajuar: en frasquitos de cristal labrados y decorados, en pequeñas orzas de plata, eran mezclas de sales de un fuerte olor; y se les atribuía una virtud reanimadora al ser olfateadas. Pero quizá hasta un cierto punto, por lo que me es posible recordar, las sales no fueron más que éter sulfúrico: en el que se unía el éter, el éter de los poetas, al azufre; el cielo más puro a los infernales filones de la tierra. Cuando cielo y tierra todavía existían.

La mañana transcurre en un primer procedimiento de los letrados Rossi y Del Bello, de la acusación privada: solicitan que un perito emita un dictamen acerca de las facultades mentales y volitivas de la acusada, con el fin de prevenir que duda tal surgiese de parte del jurado. Estaban persuadidos de que al solicitar un examen pericial psiquiátrico antes que la defensa, crearían incomodidad a ésta, pero el letrado Raimondo les desarmó: no sólo no tenía nada en contra a que se consintiese a dicha solicitud, sino que consideraba el examen pericial, cualquiera que pudiese ser su resultado, irrelevante: su línea era la de sostener la legítima defensa. Los abogados de la acusación retiraron su petición: en apariencia, en este primer procedimiento, salieron derrotados; cuando en realidad habían logrado, acaso sin pretenderlo, conocer de inmediato la línea de defensa de su adversario.

Por la tarde, la condesa, con voz despaciosa, lenta, de acento veneciano, refiere los hechos de aquel aciago día: «La mañana aquella no me sentía muy bien, ya que había pasado casi toda la noche con insomnio. Hacia las diez oí que llamaban a la puerta y me dispuse a abrir. Era el asistente encargado de la cuadra, no Polimanti. Este se encontraba fuera, pues había ido a llevar los niños a la escuela. Por casualidad me encontré con él más tarde, al levantarme para ir a la cocina. Polimanti vino hacia mí para abrazarme diciéndome que me quería. Le rechacé y me retiré a mi aposento, donde me encerré. Él trató entonces de que le abriese, dando golpes en la puerta. No respondí y me metí de nuevo en la cama; pero al ponerse él terco, decidí acabar con aquello de una vez: quedándome hubiese hecho mal, así que decidí preparar las maletas y partir inmediatamente. Al cabo de poco rato vino el asistente a llamar de nuevo a la puerta, pidiéndome algunas instrucciones para la cocina. Yo, creyendo que Polimanti no trataría de reanudar el asalto, abrí y me topé cara a cara con él que, estrechándome entre sus brazos, me dijo: “Tienes que ser mía, tienes que ser mía; hace demasiado tiempo que lo deseo”. Yo me resistí cuanto pude, desasiéndome de él con todas mis fuerzas. Vi que Polimanti se cansaba de la resistencia que yo le oponía. Aproveché la ocasión para liberarme de su apretura, y logré echarle fuera del cuarto. A continuación empuñé el revólver que se encontraba en el cajón de la cómoda, y con él apunté a Polimanti, que seguía hablándome, y le dije: “Si no te vas, disparo”. Él, en vez de arredrarse, vino hacia mí con los brazos abiertos como con intención de cogerme y diciéndome: “No tengo miedo”. Hice entonces fuego con el arma y el joven se desplomó, herido en el rostro, del que vi salpicar la sangre...». Anota el cronista: «Así dio la señora Oggioni-Tiepolo por terminado su relato, casi con frialdad, liberándose de la turbación de la que parecía hallarse presa». Hacía falta un poco más de perspicacia y sensibilidad para la escritura, para hacer la transición de la turbación a la frialdad: el cronista únicamente se sintió impresionado por ello porque debería haber ocurrido justamente lo contrario, una turbación en crescendo hasta el llanto: era así casi por norma. Se siente tan

turbado, él, como para, de modo inconsciente, poner de realce a la acusada y distinguirse con ello: «la señora Oggioni-Tiepolo».

Muchas son las preguntas que el ministerio público y los abogados de la acusación hubieran podido extraer de este breve relato: están sin embargo convencidos de tener en sus manos otros indicios, más evidentes y suficientes, de los que se desprende la certeza de una relación amorosa entre la condesa y el ordenanza y la casi certeza de que la condesa había premeditado el delito. Y están impacientes por mostrar estos indicios, por achacárselos a la acusada. No tarda en salir a relucir la historia del medallón: misteriosamente desaparecido. Se trataba de un medallón de cerco de oro y con dos cristales, de esos que hoy solamente se ven colgar, de una cadenita, del pecho de alguna viuda o de alguna madre agobiada, y que entonces era costumbre que tanto novios como novias llevasen en él sus recíprocas imágenes: las novias exhibiéndolas, y los novios (y con más razón los amantes) debajo de la camisa, casi como un secreto (y no siempre legítimo) talismán. En su *double face*, el de Polimanti guardaba en uno de sus lados el retrato de la condesa, en el otro un mechón de sus cabellos.

La condesa admitió conocer la existencia del medallón. Se lo había mostrado, precisamente la tarde anterior, el propio Polimanti, sacándoselo no del pecho, sino del bolsillo del pantalón. La condesa se quedó estupefacta: «¿Cómo es que tenéis mi retrato?». Ya: ¿cómo es? Precisamente eso es lo que estaban deseando saber los abogados de la acusación, el ministerio público, el presidente, los miembros del jurado, los espectadores del proceso, los lectores que siguen la crónica. Y, a decir verdad, yo también. No era fácil en aquellos años —y en sociedades particularmente cerradas, hasta hace unos pocos años— disponer de la fotografía de una joven mujer sin que hubiese sido ella misma quien la hubiese dado: se requería para ello noviazgo o estrecho parentesco; y aun dentro del parentesco, un alejamiento casi definitivo: para llevársela o dejarla como recuerdo, debía mediar el océano (y la palabra América acude a mí como un repique a muerto). Podía haberla robado, Polimanti. Pero más difícil resultaba explicar lo del mechón de cabellos: que entonces se llevaban largos, o recogidos en un moño. Era una maravilla oír, cuando yo era joven, cómo elogiaban los viejos o deploraban la manera en que se trenzaban o llevaban recogido el pelo en un moño, o cómo se lo soltaban. Incomparables imágenes de la modestia y del pudor; y de la sensualidad. En Córdoba, en la pinacoteca donde se encuentra reunida la obra de Julio Romero de Torres, pintor del que sólo se tiene noticia en Italia por las informaciones de Vittorio Pica, me encontré de golpe ante un cuadro verdaderamente encantador: en elogio del pelo largo precisamente, del moño, huidizo el rostro que se adivina hermosísimo, una manzana rosada que, como en ofrenda, asoma en una mano. Se titula *Viva el pelo*: y en el año en que fue pintado, 1928, pretendía mostrar bien a las claras su rechazo de la moda del pelo corto, del cogote rasurado, que entonces hacía furor: ese corte que, me parece, se llamaba a lo *garçon*.

El mechón de pelo, pues, no podía haber sido cortado y dado más que por ella misma: sin embargo la condesa se aferraba a una explicación a la que nadie dio crédito: que fuese de su hijo, que tenía el pelo del mismo color que el suyo. ¿Pero podía el fetichismo de un enamorado no correspondido llegar a tal suerte de transferencia? Parecía imposible, con gente que conocía precisamente los transportes amorosos, las pasiones, las homeopatías y alopáticas del amor, las algofilias y los fetichismos, y que los conocía no por haber oído hablar de ellos, como ocurre a los sociólogos actuales, sino por propio sufrimiento y por mimesis ajena. Y una cosa era cierta, se admitiese o no que entre la condesa y el ordenanza había existido una relación de intimidad: el ordenanza se hallaba presa de una infatuación amorosa de síntomas corrientes y consabidos rituales.

La condesa reconoció haber concedido al soldado más benevolencia y confianza de la que está permitido por norma general entre la mujer de un oficial y un asistente, entre una dama y un criado: porque de hecho el asistente no era (¿existe todavía hoy en el ejército de la República?) más que un criado. Había sido, desde luego, imprudente: una imprudencia que había llegado, en los breves períodos de apartamiento, al extremo de escribirle: «piensa en mí», «pienso en ti con gran afecto», «te besa»: pero la acusada justificó tales expresiones con el hecho de que, por deseo de Polimanti, las cartas y tarjetas habían sido dirigidas a Dina Polimanti: y a la condesa le parecía que por estar dirigidas a una mujer —hermana del asistente, pero a la que ella no conocía— podían contener expresiones tales. Justificación que podría ser valedera asimismo para los besos: aunque no se comprende por qué la hermana de Polimanti había de pensar en la condesa y la condesa en ella. Casi por esas mismas fechas, sin embargo, Polimanti recibía directamente otras misivas en las que la señora, dice el cronista, lo trataba «correctamente»: entiéndase, en la forma, con el formulismo que debía mediar y observarse en la relación entre una señora y su criado, inclusive existiendo el afecto que, de forma inevitable, entre la buena de la señora y el bueno del ordenanza, pudiese deamicisianamente nacer. Pero acerca de este punto, que se adivina duramente contestado por el ministerio fiscal y por la acusación privada, la relación de los hechos se hace oscura: encontrar el nexo entre lo primero y lo segundo, entre la apariencia y la verdad auténtica —y de cómo el juego de las apariencias dio peso a una verdad muy distinta— es cosa que se confía a la perspicaz atención del

lector.

Había de haber por medio una larga y sangrienta guerra, una posguerra ávida y frenética, generadora de frenesíes intelectuales y políticos de varia denominación: pero en la sala de lo criminal de Oneglia flota ya en el ambiente y alienta *El amante de lady Chatterley* de Lawrence, que para escapar a los golpes de la censura inglesa e italiana, ve la luz en Florencia, en lengua inglesa se entiende, en 1928: casi privadamente. Y conviene decir aquí que el bersagliere Polimanti hubiese resultado más convincente para encarnar (como corresponde en este caso decir) la natural, inmediata y gozosa sexualidad que Lawrence opone a las adulteraciones, sofisticaciones y deliberaciones intelectuales, de lo que pueda serlo el guardabosque Mellors, que resulta fuertemente sospechoso de intelectualismo. Ya

D'Annunzio,

en efecto, andaba, por así decir, en la línea de Mellors: cosa que no se ha sabido hasta después, gracias a sus cartas. Y basta con esta referencia para, como se dice proverbialmente, darse cuenta de que ha caído uno de su asno: del asno de Lawrence^[4]. Lo que no pretende ser una imagen irrespetuosa, si tenemos en cuenta que en la naturaleza no hay acaso rijosidad más clamorosa que la de los garañones.

Algo a lo

D'Annunzio

(de las cartas publicadas hasta la fecha en tirada limitada y fuera de comercio) hay ya en el borrador de una carta aparecida entre las pertenencias de Polimanti: se hace referencia en ella, dicen públicamente las crónicas, a los «momentos gozados». Dirigida a la mujer que había sido partícipe de tales momentos de goce, no se hace sin embargo mención en ella de su nombre. La condesa rechaza con determinación que pueda atribuirse a ella y menciona a una tal señora Letizia a la que, dice, el asistente atendía «no platónicamente». Pero no sabe decir más sobre dicha señora: lo cual, de admitirse su existencia, sólo puede significar que no se trataba de un hecho que ella hubiera observado por sí misma sino de una confidencia hecha por Polimanti, un tanto excesiva, a decir verdad, un tanto descomedida: y, en cualquier caso, nos habla de una relación «no correcta» —por como se expresan magistrados, letrados y cronistas— entre la acusada y el difunto. Y hay que ver cuántas gazmoñerías corren por medio en la vista, por no llamar a las cosas por su nombre: hasta el extremo de que las mujeres no son nunca mujeres, sino «el bello sexo». «¿Era Polimanti amante del bello sexo?», pregunta el fiscal. Y la condesa responde: «Yo veía que cortejaba a muchas muchachas». Pero de la que en el borrador de la carta llama «dulce criatura» ni palabra.

A la segunda jornada de la vista, el cronista se explaya: «Contemplando a la acusada desde el banco de la prensa, mientras se encuentra vuelta de cara al procurador general, se diría que posee dos almas o dos naturalezas distintas según se le observe de perfil o directamente al rostro. Cuando uno la observa de soslayo, no advierte más que el tono de su voz modulada sobre el acariciante deje del dialecto veneciano; y a la impresión que ello transmite, añade un algo el perfil purísimo de su pálido rostro: diríase entonces una virgen digna de ser retratada por uno de esos grandes artistas que dejaron en Venecia documentos admirables de su arte inmortal. Pero cuando, a una réplica ingeniosa de la acusación, ella, tras un instante apenas perceptible de recogimiento, vuelve su hermoso rostro y sus glaucos y ardientes ojos relampaguean en su imagen purísima, y sus respuestas parecen meditadas, rápidas y directas, uno siente que el alma de esta mujer no es tan sencilla como a primera vista pudiera parecer. Sobre todo siente uno que un hombre de veinte años, lleno de salud, dulce, inclinado a los arrebatos amorosos como lo era Polimanti, condenado a vivir a su lado de la mañana a la noche, a recibir sus instrucciones, a obedecer a una orden suya, a verla en bata, en traje de baño, y cuando comía en casa, o cuando paseaba siendo la admiración bajo las palmeras y los naranjos de San Remo y el viento agitaba en torno a su hermoso rostro, lleno de armonía, el velo y sus cabellos rubios, debe de haberse sentido atraído de forma irresistible a infringir cualquier consigna y a decirle a su señora que la amaba». «¡Arrollar!» era, por lo demás, la consigna de los bersaglieri. Y ¿cómo resistirse encima a verla «cuando comía en casa»?

Pero aparte del comer, que como elemento de atracción erótica resulta más bien peregrino e inédito (a menos que no se trate, como en Casanova, de succionar ostras o, más comúnmente en otros, de morder manzanas), en esta «improvisación» del cronista se deja notar la impronta y el eco de ciertos momentos dannunzianos: de cuando

D'Annunzio

pasa de «la cosa vista» —pero siempre como en una aparición y revelación— a los reclamos de la literatura y el arte, a los símiles, a las analogías; dejándolo todo anegado, finalmente, en una luz sensualísima. Se diría casi un esquema: y sobre todo se aprecia en las páginas del diario y de la crónica. Mas el cronista lo repite con pluma menos precisa y suntuosa (pues cuando

D'Annunzio

no se limitaba a ser sólo suntuoso, sabía ser preciso). Tanto es así que

D'Annunzio

estaba en el ambiente como nunca, creo, ningún otro escritor lo ha estado en Italia.

El vuelo inicial del cronista, sin embargo, pronto se abate sobre las ásperas revelaciones y réplicas de los abogados de la acusación particular y del ministerio público. De aquel borrador de carta que el día antes no se sabía a quién había sido dirigida, y la condesa había avanzado la hipótesis de la tal señora Letizia a la que Polimanti amaba «no platónicamente», he aquí que aparece la copia en limpio entre los entresijos del sumario (que de entresijos debía de haber más de uno): dirigida de forma inequívoca a ella, «querida Maria»; pero de la que habían sido eliminados, por lo que parece, los «momentos gozados» a que hacía referencia el borrador, aunque aparecen multiplicadas las expresiones de afecto, así como los besos de que era portadora la carta: como la de una célebre poesía de Salvatore Di Giacomo, poeta al que entonces debían mucho —en cuanto a estados de ánimo, de «cristalizaciones»— los italianos de la extracción de Polimanti: casi un *De l'amour*

explicado al pueblo. En el ambiente estaba también Di Giacomo: aunque con un menor aliento. Se necesitará tiempo (aunque no mucho) para que nos demos cuenta de que se trata de uno de los poetas de amor más grandes que ha dado nunca Italia: de una sutileza y encanto tales que puede ser leído, verdaderamente, como una representación y modulación de *De l'amour* de Stendhal.

Que apareciese la carta fue calificado irónicamente por la defensa de «milagro»: insinuando no se sabe muy bien qué dudas, acaso de una hábil y tardía inserción de la misma en el expediente sumarial. La insinuación provoca a la acusación a una grave afirmación: «No os lamentéis», dice el letrado Rossi dirigiéndose a los letrados de la defensa, «puesto que nunca, como en este proceso, se ha visto la autoridad judicial sometida a la autoridad militar». Afirmación ante la que solamente reacciona la acusada con estas palabras: «Esto es demasiado»; pero que no reaccione el presidente, sólo puede querer decir que el tiro había dado en el blanco. No por nada, evidentemente, el general Carpi, al mando de la brigada de Génova, se había desplazado de inmediato a San Remo al día siguiente del delito. Y sobre todo, la acusación lamenta que se haya aceptado sin más la declaración de la autoridad militar en el sentido de que nada que interesase al caso había sido encontrado entre las ropas de Polimanti. Pero el borrador de la carta: ¿tampoco había sido encontrado entre las cosas que Polimanti llevaba en el bolsillo? Por lo que hace a las tarjetas y cartas escritas por la señora al asistente, evidentemente habían sido presentadas en el proceso por los familiares. Y conviene tener aquí en cuenta el momento de particular estimación y prestigio de que estaba gozando entonces el ejército: desde la desventurada guerra con Etiopía, en 1896, había encontrado un poco de gloria en la «gesta de ultramar» que gacetas, canciones y poesías celebraban y magnificaban. ¿Podía acaso mancharse su prestigio menoscabando el honor de un oficial, máxime estando éste adscrito al Estado Mayor? Que un bersagliere hubiese sido presa de un incontenible amor, pase: ya se sabe cómo son los bersaglieri: que en todo, y no menos en los sentimientos, van a la bersagliera. Pero que la esposa de un capitán le hubiese correspondido, eso no se podía admitir, había que ahuyentar a toda costa siquiera fuese la sospecha. Empresa difícil donde las haya: y lo que no se comprendía ya tanto era que en cuanto a prestigio en el ejército, y especialmente en el cuerpo de bersaglieri, resultase mejor parada en la opinión de la mayoría la figura de Polimanti, que con su impetuoso amor había hecho perder el seso a la esposa del capitán, que no la figura de éste con su honor intacto.

No hay nada en un proceso penal que provoque más incertidumbre, siembre más dudas, cree más confusiones que los peritajes. «Todo el mundo sabe que el peritaje es particularmente invocado para juzgar de forma autorizada»: pero nadie ignora tampoco que con la apelación, la instancia, la solicitud y las demandas que se dirigen en un juicio a los peritos, la autoridad de un juicio se ve siempre puesta en duda por la autoridad de un juicio opuesto. Cuando en un proceso se tropiezan, con igual autoridad y prestigio, el perito llamado por el juez, el llamado por la defensa y el llamado por la acusación, la confusión alcanza su colmo: o bien los jueces aceptan la prueba pericial que más próxima se halla a su convencimiento —y que objetivamente hablando vale tanto como las demás, por el simple hecho de que las diferentes respuestas despojan de todo carácter absoluto a la ciencia—, o bien deben hacer tabla rasa de todas ellas, olvidarlas para confiar exclusivamente en su propio conocimiento del corazón humano y de las leyes.

En el proceso Tiepolo, peritos había, inicialmente, nada más que uno, el de balística: pero al contradecirse y dar imprecisas respuestas, fue como si hubiese por lo menos dos de opinión contraria. El principal quid de la cuestión radicaba en la distancia a que había sido efectuado el disparo: tras larga discusión se llegó a la conclusión —casi un arreglo que daba satisfacción a todos— de que la distancia había sido de veinticinco o

treinta centímetros. No a quemarropa, en suma: lo que, confirmando verdad a las declaraciones de la acusada, parecía que proporcionase un cierto punto de ventaja a la defensa. Pero no era así, si por un momento trata uno de imaginarse la escena: hacer un disparo desde veinticinco o treinta centímetros mirando al rostro de un hombre que se halla delante con los brazos abiertos, revela más un momento de frialdad y de decisión cargado de dolo que un disparo hecho a quemarropa, en una lucha a brazo partido. Y a la acusada dejó de hacérsele una pregunta que resultaba esencial: si con anterioridad a ese momento había disparado nunca un revólver. El marido, que guardaba el arma en el cajón de la cómoda y, cosa extraña, en la habitación de los niños, al decirle que hiciese uso de ella en caso necesario, sabía ciertamente que estaba en condiciones de manejarla y sabía quitarle el seguro. Segunda cuestión controvertida, la del seguro: pues en sus primeras declaraciones la acusada había afirmado haberlo quitado antes de accionar el gatillo, cosa que durante el proceso rectificó: no sabía nada del seguro, habiéndose limitado a apretar el gatillo. En cambio, el perito era de parecer contrario: el arma no podía sino tener puesto el seguro. Para una afirmación de tal tipo se basaba en el hecho de que siendo el revólver de ocho balas, y faltándole ya una antes de estallar el fatal disparo, el seguro forzosamente tenía que estar puesto y era necesario quitarlo. Como no sé de qué arma se tratase, y aunque lo supiese tampoco pretendería dárme las de perito, dejo a aquel perito la última palabra.

El haber quitado el seguro, que la acusada en sus primeras declaraciones había admitido y ahora niega (pero acaso también la puñalada de la acusación privada de acusar a la autoridad judicial de someterse a la militar) provoca en el ministerio fiscal un pundonor, un encarnizamiento tal, que agota a la acusada y exaspera al letrado Raimondo. ¿Es cierto que la condesa quería que Polimanti se quedase en San Remo, una vez concluido el servicio militar, y que le había prometido encontrarle un empleo? La condesa lo niega «rotundamente». ¿Por qué motivo, sino por el de no querer ser espectadora del escándalo, había dejado la fiel doncella a la familia Oggioni? Pero no es una pregunta, es una afirmación: y no se sabe si por cansancio, por indignación o por espanto la condesa ni siquiera se tomó la molestia de refutarla. ¿O es que la doncella —acosa el fiscal— fue despedida a raíz de haber sido sorprendida espionando una noche, por el ojo de la cerradura, las efusiones entre la condesa y Polimanti? Y es el propio fiscal quien cae en este punto por sí solo en contradicción y da muestras de no saber nada de cierto y de haber recogido comentarios dispares acerca de la doncella de los Oggioni. Y a esta segunda pregunta, quizá confortada por el evidente ir a tuestas de la acusación, contesta la condesa secamente que no había nada que espiar, nada que ver a través del ojo de la cerradura (y a partir de este momento, como se verá, los ojos de las cerraduras —elemento cómico en que, por lo general, acaban todos los hechos trágicos— entran a formar parte del proceso). Y aún más: ¿ha leído la condesa en el número 47, de principios de noviembre de 1913, de la *Nuova Antologia*, el drama *La mujer sin sosiego*? Dicha pregunta le había sido ya formulada durante la instrucción: no, no la ha leído. Y así por el estilo.

El drama publicado por la *Nuova Antologia* había sido una carta anónima que se había acabado incluyendo en el proceso. Aunque las cartas anónimas, a menos que aporten indicios probatorios, resultan inadmisibles en un proceso, los jueces siempre se sienten inclinados a fiarse de ellas: y así fue en el proceso Tiepolo, en el que un anónimo, que firmaba «un meridional», había sugerido al instructor del caso que buscarse en el drama el móvil por el cual la señora había dado muerte al asistente. La protagonista del drama había asesinado a su amante porque éste le negaba la devolución de las cartas: y el anónimo «meridional» sospechaba, o mejor dicho estaba convencido, de que la tragedia de San Remo se había desarrollado en los mismos términos. «Un meridional»: ¿y qué más? Todo el mundo es, y sobre todo en lo peor, del Mediodía: y no solamente los jueces se toman en serio la indicación, sino que las cartas son, si no el móvil absoluto de la tragedia, al menos una importante verdad efectiva del caso, cuando es la propia acusada la que se encarga de declarar que temía que sus cartas y tarjetas fuesen a caer bajo los ojos de su marido: «sabiendo que había cometido aquella ligereza, temía fuese a perder toda la estima que había ganado de mi marido durante los doce años de matrimonio».

A fin de sostener la premeditación, durante la segunda jornada de la vista se vio a la acusación oscilar entre el drama «de autor inglés», esto es, la negativa a la devolución de las cartas, y los celos nacidos en la condesa al tener conocimiento de que «el ordenanza tenía una amante y la había dejado encinta». Y que la condesa lo supiese —afirma el ministerio fiscal— es algo que «resulta evidente». Pero como se verá no resulta evidente en absoluto. En cualquier caso, según la acusación, es cierto que la condesa está tratando de modificar en la vista lo declarado en la instrucción: a semejanza de lo hecho por María Tarnowska en el célebre proceso de unos pocos años antes. Una referencia, por parte del fiscal, que enciende de indignación al letrado Raimondo: siquiera por el hecho de que María Tarnowska había sido condenada a ocho años de cárcel, y él estaba batiéndose por lograr la absolución de la condesa.

En la tercera jornada, tras las últimas réplicas a la acusada sobre los tiempos empleados y los gestos hechos

por Polimanti y ella antes del disparo homicida (la condesa repite: el abrazo y los besos de Polimanti, ella que se resiste y le araña el rostro, trata de desasirse, corre a coger el arma del cajón, le hace frente mientras él, los brazos abiertos y entre risas, le dice que no le tiene miedo; y el disparo que se escapa casi sin querer), comienza el desfile de los testigos. El primero es el médico Giuliani, inquilino del mismo inmueble, que había certificado inmediatamente la muerte de Polimanti y tuvo ocasión de ver los arañazos que, en base a la autopsia, el resto de los médicos no advirtieron. Y luego el turno de la señora Bosio, a cuyo piso la condesa había ido corriendo a refugiarse tras hacer el disparo; pero como la señora declara las mismas cosas que luego dirá de un modo más ordenado su marido —capitán de bersaglieri, mismo regimiento que Oggioni y Polimanti— será mejor referir aquí al testimonio de éste, que contiene, por otra parte, más detalles que el de su consorte. Cuenta, así pues, el capitán Bosio: «Cerca de veinte días antes del hecho, una noche, hacia las dos, llama la señora Oggioni a mi puerta para reclamar mi ayuda en su casa, pues Polimanti se negaba a abandonar de ninguna manera el piso, mejor dicho, estaba tratando de penetrar por la fuerza en su dormitorio. Me apresuré a bajar, y pregunté al soldado la razón de su extraño comportamiento. Me repuso que no se atrevía a presentarse en el cuartel por el hecho de que se hallaba fuera sin permiso. Finalmente el soldado se marchó y yo le dije a la señora: “En lo sucesivo, procure no tener nunca más cerca de usted a este soldado”. A decir verdad, ya la propia señora se me había adelantado, pues al despedir a Polimanti le había rogado que no apareciese más por allí a partir del día siguiente. Pero he aquí que a la mañana siguiente, a las siete, volvía a tener a Polimanti delante de mi puerta. Me dijo: “La señora me ha perdonado, de modo que le suplico a usted que haga lo mismo. La señora quiere que baje usted”. Asentí, y cuando bajé a casa de los Oggioni, la señora me dijo que Polimanti le había presentado las más humildes disculpas y le había suplicado insistentemente. “Ha llorado”, me dijo, “y me ha prometido solemnemente corregirse; por lo que le ruego, capitán, que le perdone usted también como yo lamento tener que hacerlo.” Naturalmente volví a reprender a Polimanti, esta vez con mayor dureza. Él me dijo: “¡Pero, capitán, qué quiere, si andaba bebido! Y debo decir también, con toda franqueza, que además estaba equivocado”. Tales palabras me pareció que querían decir: “Me había hecho falsas ilusiones respecto a la generosidad de la señora; pero ella no es como me la había imaginado”». Llegados a este punto, el abogado Perry Mason, del foro de Los Angeles, hubiese interrumpido —de haber estado encargado de la acusación privada— para pedir la supresión de la última frase: por tratarse de una impresión e inferencia del testigo (que en el enjuiciamiento norteamericano debe referirse solamente a los hechos comprobados con los propios ojos u oídos). Y me permito esta divagación, en consideración al alto número de procesos que en Italia se verían hoy invalidados, y el no menor de inculpadlos que serían enviados a sus casas o quedarían libres de cargos, si un procedimiento semejante se llevase a la práctica. Si a los procesos que en la actualidad se instruyen en Italia se les despojase de las inferencias de los testigos, se vendrían abajo igual que castillos de naipes: de suerte que un buen ciudadano, no sabiendo, como el asno de Buridán, entre qué decidirse, si el deseo de ver finalmente castigados a prósperos y desaprensivos hampones y el no menos ferviente de que todo castigo dimane de una más amplia, segura e indefectible legitimidad jurídica, moriría poco menos que de inanición cívica. Justamente como en el sofisma escolástico de Jean de Buridán de Béthune, que Dante resume tan magníficamente en su terceto: *«Intra due cibi, distanti e moventi / modo, prima si morrìa di fame, / che recasse ai denti*

d'un

liber'uomo

l'un

»^[5], que abre el canto cuarto del *Paraíso*.

Consintiendo, pues, a la costumbre, más que a la ley, de que en el proceso penal italiano un testigo se entregue a referir impresiones, opiniones, valoraciones subjetivas de hechos y de personas, cosas oídas de terceros e inclusive los anónimos y colectivos «se dice» —siendo, mejor dicho, a menudo solicitados por los mismos jueces y abogados—, el significado que el testigo atribuía a la frase de Polimanti pasó inadvertido. Y el capitán Bosio siguió relatando: «Pocos días después, diez o quince antes de la tragedia, al bajar mi mujer y yo las escaleras, vi a la señora Oggioni que despedía en la puerta de su casa a Polimanti con estas palabras: “¡Largaos de casa, no quiero veros más por aquí! ¡Ya os arreglará el capitán!”. Polimanti se fue y, al pedirle yo explicaciones a la señora, me dijo que Polimanti les había faltado al respeto a ella y a su niño. Pero al día siguiente me enteré de que Polimanti había sido readmitido en el servicio de los Oggioni. Días más tarde, estando yo en el cuartel, supe por la mujer de servicio, que vino jadeando, que había un muerto en casa de los Oggioni. Con el máximo de prudencia, fui a avisar al capitán y juntos dejamos el cuartel. Él se montó en su bicicleta y yo, a paso vivo, me marché a mi vez hacia casa. Al subir corriendo a mi piso, me encontré allí a la señora Oggioni quien, en un estado indescriptible de agitación, me dijo: “He disparado para defender mi honor”. Detrás mío entró en el piso el capitán Oggioni. La señora se le echó al cuello gritando: “¡Ferruccio, Ferruccio mío: por ser sólo tuya!”».

El capitán Bosio, pese a prestar una declaración favorable a la acusada, deja entrever que tiene sus dudas respecto a los reiterados perdones dispensados por la señora a Polimanti: ¿Cómo es que la señora no había comprendido que su consejo de que no tuviese ya más en su casa al asistente —«de ninguna de las maneras»— era lo más acertado y expeditivo? Perplejidad que queda también en quien, más de setenta años después, se pone a revisar los papeles del proceso.

Hay, con todo, en la declaración del capitán Bosio, un punto que es preciso aclarar hoy; y es aquel en que dice: «una noche, hacia las dos», y que entonces todos entendían se trataba de las dos de después del avemaria y no, como cabe pensar hoy, de después de la medianoche. En aquel entonces —e incluso más allá de mi infancia— el desarrollo de la jornada no se señalaba, por así decir, municipalmente con el toque de los relojes, sino, para seguir expresándonos de este modo, eclesiásticamente con el toque de las campanas: la salve, el ángelus, las vísperas, el avemaria y las dos de la noche; y, entre la salve y el ángelus, los toques que avisaban de las misas que se celebraban una tras otra: horas, éstas, que tenían más en cuenta las mujeres que los hombres, que se encontraban en el trabajo. *Temps perdu*, ahora ya: pero entonces aquellas campanas señalaban la *recherche* de todos aquellos que tengan mis años.

No era, pues, noche cerrada, sino aún por la tarde, cuando la señora subió a pedir auxilio al capitán Bosio para echar de su casa a Polimanti. Y la razón por la cual recurría al colega de su esposo y vecino de la casa era que el capitán Oggioni se encontraba en aquellos días de maniobras: ausencia que parecía propicia a Polimanti para entablar o reanudar —como gustéis— relación amorosa con la señora.

El matrimonio Oggioni tenía dos hijos: un varón de nueve años, una niña de ocho. Pero en el momento de la tragedia había otro en camino, de ahí los casi diarios malestares de la señora, su estado de ánimo preocupado y casi angustiado. La señora Bosio, a una pregunta del presidente, repuso: «La condesa me dijo que se sentía afligida, y yo le contesté que también el nacimiento de un nuevo hijo había que tomárselo con alegría, poniéndole mi propio caso como ejemplo, ya que nos había venido un nuevo hijo después de una pausa de casi diez años». Son tantas las razones por las que una mujer puede sentirse angustiada ante el anuncio de un nuevo alumbramiento, y sobre todo después de tantos años: pero los abogados de la acusación no veían más que una: la del «hijo de la culpa», que era como a menudo por entonces lo representaban y titulaban las películas del cinematógrafo y las novelas. Y es por ello por lo que se insinúa como deseado el aborto que la señora había tenido en la cárcel. El abogado Raimondo estaba indignado: pero era el único, al parecer; aparte, se comprende, de la condesa. Todos creyeron que, fuesen las cosas de un modo o de otro, pero resultando incontestable el hecho de que al menos en una ocasión la condesa había mantenido relaciones sexuales con el asistente, el nudo del drama era precisamente éste: la incipiente maternidad. Y, en efecto, tras estallar en la prensa esta revelación (que no era tal revelación para todos los que tomaban parte en el proceso), una enorme y alborotada multitud trataba de encontrar un rinconcito en la sala que no podía dar acogida a más gente, saliendo alguno con contusiones y fracturas.

Entre los testimonios de las amigas y amigos de casa Oggioni se hallaban incluidos los de las doncellas, sirvientas según los dueños de la casa, camareras según Gozzano (que por si acaso se mantenía bien cerca). «Alabado sea el amor de las camareras», decía el poeta: pero él bien que trataba de hacerles el amor: algo tan simple, expeditivo y refrescante como tomarse un vaso de agua cuando se tiene una sed loca; sin complicaciones ni derivaciones sentimentales. Acontecimiento nada desdeñable éste de la irrupción de las camareras en la literatura italiana. Hay una que le lleva los mensajes de la señora y, cuando ésta en una ocasión le manda uno para decirle que no le es posible asistir a la cita, véase cómo encuentra rápido consuelo el poeta: « *il riso della bocca fresca, vana, il motto arguto, /e il profumo boccacesca. /Ella si dibatte, implora, /invoca il nome della sua padrona: /“Ah! Che vergogna! Povera signora! /Ah! Povera signora!”*. E

M'accende

/l'attesa

l'ora,

d'istoria

m'irride,

s'abbandona

»^[6]. Pero no está sólo ésta: está también la de la casa, de dieciocho abríles, «fresca como una ciruela». En resumidas cuentas, que el poeta iba al grano, como se dice vulgarmente. Igual que Polimanti.

Y esto es lo que manifiesta Felicina Cordone, doncella al servicio de casa Bosio: «Polimanti, al encontrarme por las escaleras, me besó muchas veces»; y Angela Gardelli, la que se había ido de casa de los Oggioni, hela aquí cortando los malignos tentáculos de la acusación: «Me marché porque Polimanti no me dejaba tranquila ni

un instante: me tocaba y no paraba de querer darme besos». Y añade que el bersagliere se jactaba de besar a todas las mujeres con las que se tropezaba: aunque, según ella, a la señora Oggioni no había que incluirla entre éstas. Tampoco ocultaba el asistente estar enamorado de ella y confesaba confidencialmente que la señora le correspondía, llegando en una ocasión a apostarle a Angela Gardelli diez liras a que por la noche se encerraba en el dormitorio con la señora; pero al final retiró su apuesta diciendo que no se fiaba de la discreción de la doncella. La razón, según ésta, de que la retirase no fue sino que, por la noche, se presentó el capitán, de regreso de las maniobras. Resumiendo: nada más que jactancias y faroles, total para nada. ¿Pero cómo no se quejaba nunca de aquellos tocamientos y de aquellos besos a su ama? Angelina repuso que sí lo hacía: pero que a los regaños de la señora el asistente «ponía mala cara». Se ofendía, poníase sombrío, nervioso: y la señora, en vez de mandarle de vuelta al cuartel, no sólo le perdonaba los tocamientos y los besos a Angelina, sino que hasta llegaba a tolerarle los malhumores que ante sus justos reproches le asaltaban. Hasta el punto que, por tenerle con ella, acabó finalmente perdiendo a la abnegada doncella. Que además de amable era sumamente graciosa: y aquí bien podemos permitirnos imaginárnosla «fresca como una ciruela», y no sin enojo de la señora: por el modo cómo, casi todos los que seguían el proceso, sospecharon: que el despedir a la doncella hubiese supuesto un alivio para los celos de la señora.

Pero quedando los celos de la condesa en el malicioso pensar de cada uno, y siendo luego tema fugazmente tocado por la acusación, es, por el contrario, de los celos de Polimanti respecto de la señora de lo que se habla: hace referencia a ello un testigo, al que el bersagliere —de bersagliere a bersagliere— no solamente había revelado qué belleza paradisíaca era la tal señora sin los bisos, los piqué, la *crêpe georgette*, los rasos, los *chiffons*, y los *voiles* con que se vestía y era la admiración de todos: sino que le había confiado también que no era él el único beneficiario de tanta belleza, habiendo visto por el ojo de la cerradura inequívocas efusiones entre la señora y un cierto Vagliasindi, doctor en agronomía. Por tanto, habiendo decidido el tribunal llevar a cabo un reconocimiento en el piso de los Oggioni, para reconstruir la «mecánica» del delito, uno de los miembros del jurado solicitó que se practicase también la prueba de si el agujero de la cerradura podía servir verdaderamente de marco a la visión que Polimanti había revelado a su amigo. Instancia a la que nadie se opuso: y helos aquí a todos durante la inspección ocular —jueces, jurados, abogados y periodistas— con el ojo aplicado a los agujeros de las cerraduras: el de la alcoba, que ofrecía sin embargo una vista mutilada y no probatoria; el del salón, que por el contrario la brindaba completa. Y ya que Polimanti había afirmado haber visto a la condesa abrazada al doctor en agronomía, por una u otra cerradura, el abogado Raimondo solicitó que se incluyesen en acta tales comprobaciones, resultando en efecto dudosas. Pero la acusación privada se opuso a ello: no está permitido hacer constar en acta si las comprobaciones no son juradas por un perito. Objeción que parece insensata; y si de veras es dictada por el código de procedimiento, hay que reconocer que era (o es) de una insensatez meridiana una norma que exige el juramento de un perito para que se levante acta de lo que puede verse a través del ojo de una cerradura. Un perito en *voyeurisme* de ojo de cerradura: parece imposible que pueda existir alguien con vicio tan secreto. Pero el tribunal, se ignora cómo ni mediante qué títulos, encuentra enseguida uno y lo nombra. Sobre el diván, el fiscal de la audiencia abraza al secretario: por el ojo, el perito ve, jura, certifica.

Los testimonios se acumulan en torno a la acusada, cada vez más enflaquecida, cada vez más hermosa. Están los de sus amigos y los de las familias Oggioni y Tiepolo, los de los familiares y los de los amigos de Polimanti, los de aquellos que por haber dicho a alguien lo que habían visto, lo que sabían o creían saber, habían caído en la red de tener que prestar declaración: y se mostraban recalcitrantes, no queriendo hacerlo. La acusada se conmueve al ver de nuevo a sus amigos y al oír lo que de ella dicen: se muestra fría y atenta cuando son los de la parte contraria los que hablan; sonrío y hasta ríe, participando de la hilaridad general de los presentes, cuando escucha a los recalcitrantes e ingenuos.

Aproximativamente, los testigos pueden dividirse en tres categorías: la de los amigos y compañeros, todos declarando una invariable estima por la familia Oggioni y particularmente por la señora, que afirman que nunca han tenido la menor sospecha de que en la indulgencia de los Oggioni para con Polimanti, aun juzgándola excesiva, pudiese haber nada más, precisamente, que indulgencia, bondad de ánimo. La segunda categoría, las personas adversas, es la de los familiares de Polimanti que habían subido de Piceno, que hablan del carácter cándido, respetuoso y púdico de su pariente y, por el contrario, se sienten inclinados a creer, o mejor, están convencidos de ello, que la condesa procedió a embrutecerle de modo nefasto para luego, en el momento en que se sentía amenazada, darle muerte con premeditación. Dentro de dicha categoría destacan Paride Polimanti, sastre en Fermo, y, pese a no ser pariente, su coterráneo Strinchini, bersagliere licenciado hacía poco, de la misma quinta y regimiento que Quintilio, quien había recogido de su boca pormenorizadas confidencias. La

tercera categoría es la de las doncellas, las trabajadoras y todas aquellas personas que veían más o menos asiduamente a Polimanti y que prestaban oídos a sus jactancias y lamentaciones, y que no experimentaban ni sentimientos de hostilidad hacia la inculpada, ni ocultaban tampoco, por el contrario, un cierto resentimiento hacia el difunto: por el hecho de que haberle conocido les había llevado a tener que declarar, deber que, a nivel popular, se cumple siempre de mala gana, tanto en el norte como en el sur de Italia, pero de peor mala gana, hasta llegar a constituir un motivo de vergüenza, cuanto más al sur.

Doncellas el asistente había manoseado, hay que reconocerlo, unas cuantas. Todas admiten el manipulador acercamiento, si bien afirman todas haberlo rechazado al instante o haberle puesto como condición para su consentimiento el que tuviera las manos en su sitio. Promesa que tal vez fuese hecha, pero ciertamente no mantenida. Por lo que se desprende de las declaraciones, diría uno que por todo San Remo las manos de Polimanti corrían a palpar cuerpos de doncellas y de casadas, de guapas y de feas. Y sin duda son las manos del asistente aquellas que dos mujeres que vivían enfrente, dedicadas a escrutar la cocina de casa de los Oggioni, ven un día moverse para acariciar un torso femenino: aunque no se atreven a jurar que fuese el de la señora o el de la doncella, pues la disposición de las hojas de la puerta les impedía una visión completa; sin embargo, se deja sentir que creen se trataba del de la señora, pues añaden que ésta frecuentaba demasiado la cocina y, de acuerdo con él y fingiendo hallarse atareada, hablaba y reía demasiado con el asistente: familiaridad inconveniente de por sí, a juicio de las observadoras, por más que no lo digan a las claras. Y con la misma reticencia emite también algún oficial un juicio de inconveniencia acerca del hecho de que el asistente, en aquellas ocasiones en que la señora iba al mar, andaba por la playa vagando en albornoz de baño: cosa que le estaba rigurosamente prohibida a cualquier otro compañero. Y que luego entrase en la caseta de baño, donde la señora se quitaba la ropa y se vestía, y que la hubiese visto sin ropa una vez o más, era algo que muchos testigos le habían oído contar al propio Polimanti. Éste les contaba a todos sus conocidos su amor por la señora y les mostraba el medallón: a los que tenía menos familiaridad, diciéndoles que se trataba de la mujer de un abogado, y a los otros declarándoles que era la mujer del capitán. Pero entre aquellos a los que declaraba la exacta identidad de la dama hacía una distinción: les decía a algunos que estaba enamorado y que pensaba conseguir llevársela a la cama; y a los demás que le había correspondido a tal punto que la condesa, insaciable, le estaba dejando exhausto, desfallecido.

A su camarada y coterráneo Strinchini le había hecho, como se ha dicho, confidencias más pormenorizadas. La escena de la seducción la cuenta Strinchini —eso afirma— con las palabras exactas de su amigo: que un día la condesa, un tanto ligera de ropa, vino a su encuentro para hablarle; que él, deslumbrado por tal visión, quedó como encantado, sin comprender nada de lo que ella le decía; y preguntado por la condesa que qué le pasaba que la miraba de ese modo, no supo responder sino que era hermosa, hermosa; y recibió por ello un cachete, casi una caricia: y luego de esto la tomó entre sus brazos y la besó, con pasión, con frenesí; y así enlazados cayeron los dos sobre un sillón... Relato que resultaba tan digno de crédito como para despertar preocupación en los abogados de la defensa, que hicieron cuanto pudieron para desacreditar al testigo, atribuyéndole una conducta equívoca, sobre todo en relación a dos hermanas suyas que, se insinuó, vivían entregadas a la vida fácil: expresión que corría pareja a la de mujeres de vida alegre: y dado que la vida a la que se hacía alusión no tenía nada de alegre, ninguna tampoco era la alegría de las mujeres que se dedicaban a ella. Esto produjo un altercado entre los abogados, y acto seguido un conato de agresión por parte de Strinchini al letrado Conti, que era, más que Raimondo, un sagaz defensor de la condesa.

En la danza de los testimonios, en el continuo alternarse y contradecirse de las verdades, el de Strinchini, también por las reacciones de la defensa, queda grabado más que ningún otro en la mente de las personas que siguen el proceso y otorga fe a otros que van también en el mismo sentido, por más que no resulten fiables. Como no lo es, pongamos por caso, el de Paride Polimanti, que había sido también asistente de la familia Oggioni y que hace referencia a una negligencia (de *négligé*) de la señora, que él interpreta como un intento de seducción: intento que no surtió efecto por ser él de temple más fuerte y de principios más firmes que su «desgraciado» hermano: palabra ésta empleada, también por el resto de los parientes, en el sentido de víctima del infortunio al haberse cruzado en su camino una mujer homicida, y en el otro, «más grave, que mancha el decoro moral», que adquiere la palabra al ir precedida de «un». Pero, en realidad, el juicio más sensato sobre Polimanti es el que efectúa un cafetero (no existían todavía los bares y los barmans): «era un joven espabilado pero bobo»; y no era cuestión de hacer caso a todas las bobadas que andaba diciendo y que él, el cafetero, escuchaba sin prestar demasiados oídos. Con lo cual dio en seguida por terminada su declaración, si bien aportando una opinión que bien merecía ser tenida en cuenta. No creo que esté de más que yo añada —madurada, además de en la visión general del caso, en ciertos detalles de las crónicas— la consideración de que también ella, la señora, era un poco boba: al menos ese poco que es la contrapartida de la belleza y que a los ojos de los hombres confiere un halo a la belleza femenina.

La cuestión del aborto —en el convencimiento de la acusación de que había sido deseado y en el desdén de la defensa a rechazar siquiera fuese la sospecha— no podía más que resolverse en el mandamiento de un peritaje ginecológico: si ya se había requerido uno por el ojo de la cerradura, podemos figurarnos otro sobre un tema en el que se requería la luz de la ciencia. Hay que decir, sin embargo, que la inculpada y sus abogados se lo habían buscado, al sostener torpemente que el aborto había sido consecuencia de la violenta riña con el asistente. Al cabo de casi un mes, y sin haberse denunciado en el auto de arresto la menor señal ni síntoma del maltrato sufrido, la cosa aparecía como poco verosímil: de ahí la necesidad del peritaje, que en el deseo de la acusación hubiese tenido que probar la dolosa voluntad de liberarse del «fruto de la culpa». Como es obvio, esto no logró probarse: ni tampoco lo contrario. Todo quedó sumido en la misma duda de antes: en una vista a puerta cerrada en la que se discutieron también los detalles más escabrosos del asunto: detalles que hoy parecerían de colegialas, si todavía quedasen colegialas.

A propósito de la riña, fue aportada una revelación interesante por parte del comisario de la Seguridad Pública Silvestri, que no abrigaba ninguna duda acerca de la legitimidad del disparo de revólver pero que, quién sabe por qué deducciones o simplemente hablando por hablar, encontraba una prueba en el hecho de que ningún inquilino del inmueble hubiese oído voces o ruidos procedentes del piso de los Oggioni; antes del disparo, que todos oyeron. Lo cual le constaba por cuidadosas averiguaciones. La afirmación, que la acusación hubiera tenido que recoger, fue engullida por el pantano de los testimonios: que a estas alturas ya formaban verdaderos pantanos de crecido nivel. Aburrido, sofocante.

Los testigos se acercaban al estrado para repetir casi todos ellos las mismas cosas: las confidencias de Polimanti, sus frenesíes táctiles; las expresiones de la más alta consideración hacia la señora, el no haber llegado nunca a sus oídos nada que pudiese ir en menoscabo de su honorabilidad ni arrojar sobre ella la menor sospecha. Ciento cuarenta testigos: y algunos llamados más de una vez. Como Angelina Gardelli, reclamada para que ratificase que ella jamás se había permitido mirar a través del ojo de la cerradura y para hablar luego una vez más del recorte del pelo de la señora: sí, se lo recortaba, pero tal como había recordado en un cierto momento la señora, para explicar lo del mechón que Polimanti guardaba en su medallón. Mas a la acusación privada le llega una carta anónima, de una señora que explica: «También yo soy mujer, y me recorto asimismo el pelo para que me crezca más bonito; pero puedo asegurar que recortar no significa cortar mechones. Recortar quiere decir cortar apenas la punta de los cabellos. No creo yo, por lo tanto, que haya en el mundo un enamorado tan cartujo como para recoger las puntas y reunirías todas en una cintita». Pero ésta es una más de las muchas cartas anónimas que les llueven a los jueces, al ministerio público, a los abogados de la defensa y de la acusación: sólo que estos últimos están interesados en pasar una copia a los periodistas, pues se trata de cartas que aprueban, exhortan o sugieren corazonadas. Jueces y abogados de la defensa reciben otras dictadas por igual sentimiento: de exhortación a condenar con dureza, los jueces; de reproche, los defensores. Todas de mujeres: que temen la absolución de la condesa como primer signo de la ruina de la familia, de la sociedad, de la patria. Una señora que firma Oliva, en nombre de todas las maestras de Italia, escribe: «Nosotras, las maestras, que sabemos cuántos esmeros se necesitan, primero por parte de las madres y luego por parte nuestra, para formar un hombre capaz de servir a la patria, deploramos viva y sentidamente la muerte infligida al soldado Polimanti por la torpe y malvada mano de una mujer que, tras haber...». El cronista se abstiene de copiar el resto, por lo que al lector le está permitido imaginar que lo que tenía lugar entre la mujer y el soldado antes del fatal disparo pudiese consistir en una representación obscena: mas lo cierto es que dicha representación había quedado grabada en la mente de la maestra, acudiéndole a la pluma nada más que pulcrísimas expresiones. Y quién sabe qué abismales o viscerales amores y humores —humanos e itálicos— no se contendrían en las quinientas setenta cartas anónimas llegadas a manos de la acusación privada, y en las sesenta y nueve al fiscal; a las que habría que sumar las no calculadas, pero abundantísimas, recibidas por los jurados y los enviados de prensa.

La hostilidad de las mujeres que mandan cartas a quienes toman parte en el proceso, puede resumirse en esta premonición a todas luces enojosa: la absolverán, la absolveréis, porque es hermosa. El deseo, la aspiración a ver realizada la justicia, consiste precisamente en lo contrario: debe ser condenada porque es hermosa. Se antepone a todo la familia y la patria (la patria que había ido en Libia de victoria en victoria y que ahora iba de fusilamiento en fusilamiento), para las que una sentencia absolutoria constituiría una amenaza de ruina: pero el clavo a remachar era aquél, la belleza de la inculpada. También había, aunque más difuso a nivel popular, y más en los hombres que en las mujeres, un sentimiento de hostilidad hacia la acusada que tenía su origen en el instinto o en la conciencia de clase: pero como resignado por larga experiencia y en quienes estaban comprometidos en la política atemperado por el hecho de que un socialista hubiera asumido la defensa. Pero puede admitirse incluso que las feas, las que mandaban las cartas anónimas, no estaban del todo equivocadas: la belleza de la acusada movía a los hombres a juicios dubitativos, menos implacables; y no sólo a los que tenían

instinto o conciencia de clase, sino también a aquellos —de especie más extendida— que por su recelosa y contumaz noción del honor familiar, por su afán de erigirse en guardianes del mismo y, en suma, por su celo, hubiesen encontrado en una sentencia condenatoria tanto un alivio para sí como una admonición para sus esposas, hijas, cuñadas y primas (que tan vasto era el honor que había que vigilar).

«Que así es la belleza», exclama con atroz estupor Gioacchino Belli en un soneto en el que, poniendo como ejemplo la elección que se hace entre los gatitos recién nacidos para criar a los más bonitos y arrojar entre las inmundicias a los otros, nos muestra en toda su atrocidad, precisamente, un hecho que se practica de manera habitual o que oímos contar sin espanto, sin horripilación (que es, la horripilación, el efecto del espanto: la piel de gallina, los pelos de punta: y es lo que se siente cuando se llega al último verso de Belli). Pero la belleza... La belleza de una mujer, decía Stendhal, es una promesa de felicidad: que nos está reservada a nosotros o a otros. Pero convendría añadir, sin embargo, que es de lo más sensata esta especie de anotación al margen hecha por Toulet, muchos años después: «Nadie ha dicho jamás que tal promesa se viese cumplida».

Entre la declaración de Antonio Sciacca —bersagliere ya licenciado, que había venido de Marsala para testificar en relación a las habituales confidencias de Polimanti, sobre todo acerca de aquella última del «lío» en que se había metido por haber quedado encinta su señora y en situación de no poder justificar el hecho delante del marido— y la declaración de Clarice Pasquali —doncella de la madre de la acusada, que había venido de Casal Monferrato para referir los asaltos de Polimanti que ella había rechazado enérgicamente: y es de creerlo, a la vista de su físico—, se inserta y adquiere muy distinto relieve la declaración del profesor Pompeo Molmenti, senador del Reino. Estudioso de historia veneciana, y con particular atención de la vida libertina de la ciudad durante el siglo XVIII y de su ciudadano más ilustre en tal sentido, sus todavía hoy fructíferas investigaciones, tanto como su austeridad de vida, le habían llevado al lacticlavo senatorial. Precisamente ese mismo año publicaba los *Epistolarios venecianos del siglo XVIII*, apretadísimo y siempre utilísimo libro; y, entre otros muchos trabajos, había visto la luz en 1910 un primer muestreo de la *Correspondencia de Casanova*, que en una antología más amplia publicaría entre 1916 y 1919: trabajo al que presumiblemente debía de estar dedicado por aquellas fechas en que se trasladó de Venecia a Oneglia para prestar declaración.

Uno de los casanovistas más conocidos e infatigables, y probablemente el más autorizado: el embajador de los Estados Unidos J. Rives Childs (la pasión casanovista arraiga de un modo muy especial entre los diplomáticos: favorecida tal vez por su vagar de una capital a otra, por el tiempo libre y la libre circulación de que gozan), lo incluye entre los eruditos eminentes que, al mérito de haber encontrado esclarecedores documentos, suman el de haber dado a conocer a Casanova en Italia: se había necesitado más de medio siglo para sacar a la luz la primera versión de sus *Memorias*. Pero más grave que el retraso fue el destrozo que se llevó a cabo ofreciendo de forma aislada las partes más picantes, que son después de todo las más mecánicas y repetitivas, a un público tan vasto que comprendía hasta los apenas alfabetizados. Y es fácil preguntarse si Polimanti no habría abrevado en ellas, pues es en ese lejano modelo probablemente en el que se inspiraba, y con el que guardaba además un burdo parecido en su insaciable apetito, seguridad en sí mismo, presteza en el asalto, osadía, y en una notable vocación por las sirvientas.

El profesor Molmenti, pues: se trata de uno de esos personajes del mundo de la erudición, de la cultura, que despiertan en mí un enorme interés, me fascinan: personajes que dedican casi su entera existencia a seguir las huellas, casi a espiar los pasos, de personas que respecto a ellos, a sus vidas y a su entendimiento, son justamente todo lo contrario. Y se me ha ocurrido utilizar la expresión «seguir las huellas» pensando en quien es su ejemplo más ilustre: el católico y casi (o sin más) jansenista Pietro Paolo Trompeo, austero, hogareño, de siempre casta elocución, que, empezando de joven a seguir las huellas del ateo y libertino Stendhal en la Italia romántica, le siguió a lo largo de toda su vida incluso más allá y en muy distintas coyunturas: con una sensibilidad y un amor que casi me atrevería a calificar de incomparables. Y su primer libro se titula precisamente *Tras las huellas de Stendhal por la Italia romántica*.

Pero el testimonio del profesor y senador Molmenti —como se comprenderá— no aporta la más mínima, por fugaz que ésta sea, apostilla casanoviana. Toca tres puntos de utilidad para la defensa: el «carácter morbos» que se manifiesta en la condesa en los momentos de hondo pesar, y cuya prueba tuvo el senador al enterarse que se había desvanecido en el funeral del senador Tiepolo; la nobleza de la familia, descendiente en línea directa de aquella que había dado un dux y una reina; el sentido del honor, hasta tal punto arraigado en la familia que el abuelo de la acusada se había buscado su ruina por querer satisfacer las deudas de un pariente: de modo que —concluía el senador— el nombre de Tiepolo y la palabra honor había que considerarlas sinónimos. Y peor para Polimanti, podría añadirse a lo sustancial de su declaración, que nada comprendió del carácter morbos» de la condesa y lo ignoraba todo sobre sinónimos.

En la inspección ocular de San Remo, por las descripciones que del piso hacen los periódicos, abandonado desde el mismo día de la tragedia, lleno de polvo, siniestro (una inquilina del mismo edificio se asoma para calificarlo sin más de fatídico: un consumero, al poner un pie en falso, había perdido la vida en el descansillo; y al asistente del oficial que había ocupado el piso antes que los Oggioni le habían traído agonizante: se había suicidado por una bronca de su capitán; y tal vez este precedente influía en Polimanti cuando afirmaba que se suicidaría si no lograba su propósito de irse a la cama con la señora); en la inspección ocular del piso comienza, pues, a hacerse presente en la opinión pública la figura del capitán Oggioni. Contribuye a ello, día tras día, la larga sucesión de testimonios de colegas y superiores, testimonios todos de estima y solidaridad, con un único punto, no obstante, si no de reserva, de perplejidad: tal y como se ha visto ya en el del capitán Bosio. ¿Por qué había retenido consigo a Polimanti, cuando sus colegas le habían aconsejado repetidas veces que lo mandase de nuevo al regimiento? Y se lo habían aconsejado no sólo individual y privadamente, sino hasta de forma colectiva y extraoficial: llegando los de su misma graduación a celebrar consejo sobre el caso Polimanti y a participarle el parecer unánime de que le echase de casa. Lo que quiere decir que no era cierto lo que los oficiales declaraban en sus testimonios: que nunca habían llegado a sus oídos maledicencias sobre la presencia de aquel asistente en casa de los Oggioni.

Pero el capitán, a aquellos de sus colegas que le rogaban que se quitase de encima a Polimanti, les respondía que si le hacía volver al regimiento temía que fuese a parar al batallón disciplinario, conociendo su carácter reacio a los deberes, estrafalario e impetuoso. Razones que no le hacían tampoco de fiar para los servicios domésticos. ¿Y cómo, además, un oficial de carrera, de un ejército cuya disciplina llegaba entonces al sadismo, y que era tenida por incomparable maestra de vida, quería librar de ella a un soldado que daba muestras de necesitarla más que ningún otro?

Los periodistas que habían participado en la inspección ocular, y con melancolía crepuscular habían descrito el piso, decían: «Los hijos ya no están, se los han llevado a casa de su abuela materna; y el dueño de la casa se encuentra lejos». ¿Lejos? ¿Dónde? Lejísimos, ciertamente, de la esposa: a la que acaso no creía; y de cualquier modo se creía en el deber de no creerla, si los demás no la creían (dentro de un semejante mecanismo estaba ya escudriñando Pirandello: angustiado, espantado). Y su ausencia de la sala del proceso, antes no advertida o silenciada, a partir del momento de la inspección ocular comenzó a aparecer como un desdén respecto a su esposa, como una acusación. Y es admirable la discreción con que los periódicos apenas aluden a él: pues hoy un semejante vientecillo se hubiese convertido en vocinglería, tempestad, estruendo: como en *El barbero de Sevilla* la descripción de la calumnia, que iniciándose con un acompañamiento de flauta termina coronada a bombo y platillo. Por más lejano que estuviese, el capitán hubiese sido buscado, encontrado, asediado, forzado a una entrevista, a la deseada declaración; lo cual no hubiese hecho sino agravar la situación de su mujer delante de los jueces. Y aun en el caso de que el capitán hubiese declarado a su consorte amor y confianza, el simple hecho de manifestar lo que fuese, hubiese sido tomado como fruto del resentimiento o como equívoco, algo que no vendría sino a armar todavía más alboroto. Cuando uno se va haciendo viejo, se siente inevitablemente inclinado a ensalzar el pasado: pero ello no quita que en el pasado haya cosas objetivamente loables.

Obviamente, la discreción que observarán en los escritos de conclusiones del proceso la acusación privada y la particular no será la misma. El abogado Conti, de la defensa, se limita —con justificada cautela— a hacer una referencia de pasada al «ardiente dolor del capitán», expresión que, más allá de la retórica a la que tan dados eran entonces los abogados, y podríamos decir que hasta obligados, resulta adecuada, qué duda cabe, al estado de ánimo de Oggioni; mas los acusadores lo meten dentro precisamente acusándole también a él de no haber estado a la altura de sus deberes de padre y de esposo: pues mal había hecho, por lo que se refería a «las contemplaciones» que había tenido con su mujer la condesa; y mal también por lo que hacía al trágico hecho, por haber retenido en casa, contra las advertencias de sus colegas, al atrevido asistente. Desgraciado de Polimanti —aunque no «un» desgraciado, ya que no era más que un cándido joven en la plenitud de sus veinte años— por haber caído bajo la protección del capitán Oggioni: según el abogado Rossi, de la acusación privada. En cuanto a las «contemplaciones» del capitán para con su consorte, conviene entenderlas en el sentido de abstinencias o cautelas en su relación sexual. Lo que no está ya tan claro, en las insinuaciones de la acusación, es si quiere referirse a falta, o a no frecuencia, o a *amplexus interruptus*: la palabra «contemplaciones», cargada naturalmente de ironía, puede abarcar un grado u otro de dichos significados. El lenguaje, como se ha dicho, era de un extremo pudor: así, cuando en medio del ardor del alegato, el fiscal pregunta al presidente si puede referir algunos de los pormenores del goce que habían sido mencionados a puerta cerrada, el presidente vocifera un «no» casi desgarrador. En cualquier caso, las «contemplaciones» habían sido tan sólo reveladas por las confidencias hechas por Polimanti a los amigos: confidencias de las que se hallaba excluido, y puede imaginarse con qué mofa, el capitán, como un «malthusiano» de estricta observancia. Precisamente así, de boca del asistente: «malthusiano». Palabra que, en su boca, debía de parecer algo fuera de lugar a sus interlocutores, y

debía de requerir de alguna explicación. ¿Y cómo pensar que tal palabra y su significado los hubiese encontrado por sí mismo Polimanti, y no más bien que los hubiese aprendido por alguna íntima confidencia de labios de la condesa?

Los alegatos duraron del 26 de mayo al 2 de junio. Palabras, palabras de las que aflora un exiguo archipiélago de elementos concretos, de indicios demostrativos de una y otra verdad. La verdad de la defensa, de haber actuado la acusada en estado de necesidad y en salvaguardia del honor y de la familia (no obstante la declaración preliminar de estar la defensa, sin embargo, dispuesta a admitir la verdad secundaria de que, en el momento del hecho, la condesa se hallaba en condiciones psíquicas confusas, exasperadas, exaltadas). Y la verdad de la acusación, de una fría premeditación del delito en el que cabría admitir que hubiera intervenido el ánimo de defender, para sí o para la familia, las apariencias del honor: aunque nada más que las apariencias, ya que la condesa lo había manchado de facto al seducir al asistente o bien al ceder a sus requerimientos. La acusación parece que no se mostró contraria a que las buenas intenciones de salvar las apariencias del honor y de evitar la disolución de la familia, le fuesen reconocidas como «atenuante», a fin de disminuir la pena: pero a condición de que la sentencia fuese homicidio premeditado. Cercanísimo estaba el pacto Gentiloni, su erigirse en baluarte de la institución familiar que la búsqueda enloquecida de la felicidad ponía en peligro: y lo aprobaban incluso los mismos que perseguían locamente la felicidad: los burgueses de una improvisada, amorfa, cuantitativamente indefinida pero ciertamente mayoritaria burguesía. Tampoco el pacto había surgido de la nada: se fundaba sobre una antigua, vasta y variada herencia y una capacidad de heredamiento de consagraciones al culto y a las celebraciones de la apariencia, así como sobre el imperativo de salvar aun en la descomposición la sustancia.

Argumentos concretos, indicios que añadir y que aducir como prueba la acusación los tenía: pero prefería hacerse fuerte en el de la concupiscencia de una atractiva señora de treinta y cinco años, casada desde hacía doce, por un joven de veintidós: apuesto, fuerte, ingenuo e ingenuamente ardiente. También el tema concreto del medallón desaparecido, que la acusada sin embargo había admitido haber visto y tratado de arrebatarse a Polimanti, fue pasado por alto sin una atención rigurosa: pues se hubiera debido acusar de forma explícita de su desaparición a la autoridad militar, que al punto había echado mano a todos los efectos del soldado: ¿pero acaso se podía, en aquel momento heroico, en medio del ardor patriótico y militarista que recorría Italia, tocar al ejército con una acusación? El ministerio público, es más, se guardó mucho de referirse a ello, al tema del medallón: lo dejó para la acusación privada, la cual hizo uso de él de mala gana. En cuanto a la defensa, la única idea claramente pertinente —en el sentido del derecho y a la luz del sentimiento— fue la anunciada por el letrado Conti: en el sentido de que también una mujer de la vida está en su derecho de rechazar una relación y de defenderse de ella, inclusive matando, si alguien trata de imponérsela mediante la violencia; y que toda mujer es muy libre de romper una relación amorosa en el momento en que —por arrepentimiento, por conveniencia o por tedio decide romperla—: y consiguientemente a tal derecho, si se la quiere obligar con la violencia a continuarla, y no es bastante su fuerza para rechazar la fuerza del otro, para equiparar las fuerzas —e inevitablemente excediéndose— se hace totalmente legítimo el uso de un arma. Añadió, naturalmente, que el caso de la condesa no podía reconocerse ni en uno ni en otro: que no era ella —cosa evidente a todas luces hasta para el más vil de sus detractores— mujer de vida disoluta, ni podía ser rozada siquiera por la sospecha, que la acusación había avanzado deformando los hechos y prestando fe a las maledicencias suscitadas por las viles fantasías y jactancias de Polimanti, que ella de forma premeditada, con el fin de acabar una relación que se le estaba volviendo embarazosa y arriesgada, había decidido matar.

La idea no pareció hacer excesiva mella en el muro de una opinión a la que hasta las propias mujeres daban su asentimiento: que entre el burdel y el adulterio hubiese una línea divisoria sutilísima y extremadamente movediza; y que, una vez dentro de ese terreno, y hallándose en aquella incierta linde, una mujer no puede, no debe dar muerte a un hombre por el mero hecho de que pretenda de ella lo que otras veces ya ha obtenido. Y de igual parecer eran ciertamente hasta las adúlteras, que, obviamente, conferían a su adulterio la otra santidad del amor, de «un amor fuerte como la muerte», y capaz de hacer palidecer hasta la santidad del mismo matrimonio, mientras que el adulterio de las demás lo consideraban ni más ni menos putesco. Y podemos figurarnos si una tal visión no había de encontrar la aprobación y el aliento de los adúlteros.

La mayor expectativa, sin embargo, era para la defensa del abogado Raimondo, que habló en último lugar y durante horas. No defraudó; antes bien, conmovió y entusiasmó. Barba y cabellera tempestuosamente agitadas por el viento de su elocuencia, haciendo una de esas apologías llenas de viento por las que entonces se medía la competencia de un abogado; y aún hoy la de un político (la de un político que sale en la televisión, quedando horas después en el espectador nada más que el recuerdo de que «ha hablado bien», si es que «ha hablado bien»:

y es inútil preguntarse acerca de qué, pues tanto mejor ha hablado si no ha hablado de nada). Y yo, al leer ahora la defensa del abogado Raimondo, no siento vibrar en ella la menor emoción, ni logro tampoco descubrir nada de persuasivo, nada de convincente. Sin embargo, en la sala de lo criminal de Oneglia el público lloró y aplaudió a rabiar, largamente. Lloraría, como es de imaginar, hasta la propia acusada. Y lloró asimismo (aunque un poco menos, se comprende: por el papel impasible que le correspondía adoptar y también por costumbre, por hallarse ya curado de espantos ante toda clase de sentimientos, como se supone debía de estarlo, al oír oraciones tan conmovedoras) el presidente del tribunal. Quien hizo sonar la campanilla para que cesase el aplauso: pero lagrimeando.

Un abogado que se viese en situación de defender a una mujer acusada de haber dado muerte a un hombre por defender o salvar su honor —sin ceder o habiendo cedido por la promesa de una justa boda de la que luego el hombre se había lavado las manos— debía acallar dentro de sí las múltiples y reiteradas voces de prejuicios seculares y lugares comunes que habían ido formando un aparato doctrinario, un sistema de convicciones y sus consiguientes comportamientos, manifiestos o secretos, expuestos como virtudes u ocultos como vicios. Y así también en aquellos casos en que la mujer era la parte ofendida y querellante por haber sufrido violencia: casos para los que la ley contemplaba duras penas: de tres a diez años, y con ingentes agravantes si la violencia había sido ejercida sobre un menor de edad o «con abuso de autoridad o confianza o de relaciones domésticas»: vale decir, respectivamente, por un don Bartolo sobre una Rosina (*El barbero de Sevilla*: si don Bartolo hubiese estado menos preocupado por la hacienda y más sobrado de vigor); por un monje Rústico sobre una Alibech (*Decamerón*, jornada tercera, cuento décimo); por el amo de la casa sobre una doncella o sobre alguna prima que estuviese hospedada en su casa y hubiese sido sorprendida en el lecho fuera de hora. Aunque el código la pasase por alto, obviamente la condición de «sin mácula» que en el momento de la violencia perdía, era, en semejantes procesos, una suerte de habitual *sine qua non*, el punto de ventaja de la querellante: y de ahí las humillantes visitas de oficio y de parte, al objeto de certificar la doncellez anterior al hecho y posteriormente perdida; y cuándo había sido perdida. Cómo se las arreglaba luego la ciencia médica para certificar el cuándo, es uno de sus misterios, pues en su desenvolvimiento en el tiempo la ciencia misteriosa tiene los suyos. Megalotti nos habla de cosas que en alguna ocasión los médicos aconsejaron y que luego combatieron; y Savinio de haber visto en su vida cambiar unas cuantas veces el parecer médico sobre el tomate. Y amén: para bien nuestro, de nosotros. La doncellez, pues: y cuando no se hacía cuestión de ella, al no ocasionar la violencia aquel daño, la suerte del proceso se presentaba tan dudosa y llena de descrédito, que las violentadas —sus familiares especialmente— preferían renunciar a todo intento de revancha. Era así casi por norma: y es de creer que todavía hoy se la observa.

No obstante la indulgencia del código para con el delito de honor y la severidad hacia la violencia carnal, cuando un abogado se encontraba en la tesitura de tener que defender a una mujer que había matado por honor, o de defender las razones de una mujer que había sido forzada contra su violador, rémoras e incertidumbres tenían su peso. Me estoy refiriendo al abogado de antaño: no en sí, claro está, como un ente autónomo, sino en el contexto de una sociedad, de un ambiente y de un sistema de creencias absolutamente aceptado y practicado (del que aún es posible descubrir plagas o del que se descubren imprevistas e imprevisibles manifestaciones violentas). La convicción de que, en casos de violencia carnal, era la mujer la que siempre, consciente o inconscientemente, llevaba la culpa, la que representaba en cualquier caso una provocación, era profunda y de resorte automático. Corría como ejemplo, como leyenda y mito de significado verídico, la anécdota (de atribución local a uno de los entonces numerosos célebres abogados, pero con preferencia a un napolitano) de aquel abogado que, en la defensa de un acusado de violencia carnal, había pedido a uno de los carabineros que decoraban la sala que desenvainase su sable y le entregase la vaina: y el carabinero empuñando el sable y el abogado sosteniendo la vaina, tenía aquél que tratar de introducirlo dentro de la vaina que el abogado lenta, casi imperceptiblemente iba moviendo. Pero al no lograr envainar de nuevo el carabinero el sable, el abogado obtuvo la absolución de su defendido. Metáfora de extraordinario efecto, toda vez que, negando la posibilidad de la violencia carnal, se recurría a ella (y creo recordar que una metáfora idéntica aparece a menudo en *Las mil y una noches*, pero aquí en un tono regocijante); es de dudar, sin embargo, que haya obrado el menor efecto sobre los jueces, suponiéndoles la noción, no ardua por lo demás, de que el delito de violencia carnal no consiste simplemente en el hecho a que hace referencia la metáfora, sino en todo lo que de amenazadoramente imprevisible y de violento le precede. Y hay que dudar asimismo de que el episodio se haya verificado alguna vez en una sala de justicia: porque el carabinero, en base al reglamento, no hubiese podido ceder al capricho del abogado (lo cual hubiese parecido un antojo o hasta una momentánea locura, antes de configurarse en pertinente metáfora); y porque jueces y fiscales lo hubieran impedido; y porque, razón definitiva, el abogado no

podía sentirse presa hasta tal punto del raptus defensivo como para no prever que el carabinero, primero confuso y luego hecho un manojo de nervios, no le hubiese acertado con la punta o el filo de la hoja en la mano con la que sostenía la vaina. Aunque tan cierto es que la metáfora corre hoy todavía como cosa probada, como que quien la menciona en la actualidad pone buen cuidado en darle un tono de broma como de cosa del ayer.

Que la mujer fuese la culpable de la violencia de que había sido objeto, y en cualquier caso provocadora de la misma, es algo que se deja traslucir —como hemos podido ver— en el sentimiento que el cronista demuestra en un determinado momento hacia Polimanti. Pero asimismo se trasluce en la defensa del abogado Raimondo: quien, exonerando a la condesa de toda culpa, por mínima que fuese, le asigna finalmente la pena, con la que habrá de cargar hasta su muerte, de ver «surgir una sombra por la que *su* marido será la irrisión entre la gente» y con estas palabras la despacha: «¡Este será el peso de tu pecado, que habrás de llevar sobre tus hombros cuando, tras haber vacilado, comparezcas con la cabeza temblorosa, como si hubieses caído, ante la piadosa e infalible justicia de Dios!». Sin mencionar —o mencionándolo, por qué no— esa especie de lapsus o metedura de pata en que incurre en un determinado momento al evocar a la Lucrezia romana —que no había matado, sino que había muerto, cumpliendo con el deber de ceder, y con el consiguiente e imperioso, de condenarse y castigarse por ello—, mito secular que el hombre ha propuesto a la mujer y que acaso sea el más machista que se haya inventado nunca. Un mito y una imagen fuertemente arraigadas, entre las no muy numerosas nociones de leyendas e historias romanas de los italianos: y así como Lucrezia representa la virtud, a Mesalina le corresponde representar lo opuesto, el vicio. ¿Y cómo no se da cuenta el abogado Raimondo que la imagen de Lucrezia evocada para el caso de la condesa Tiepolo, no había de tardar en convertirse en la de Mesalina? Y así es, en efecto, en las crónicas: «Es más una auténtica Mesalina, que primero se sacia con el gladiador para luego mandar darle muerte».

El abogado Rossi, de la acusación privada («oh amigo Rossi», le invoca el abogado Raimondo en su alegato: para convencerle de lo que ni él mismo está convencido), tenía un cometido más fácil: podía hablar libremente de lo que el abogado de la defensa sentía en secreto: podía acusar, mofarse, inclusive insultar. En resumidas cuentas: lo que Montaigne había expresado sin rebozo, hasta con cordialidad y ligereza, como considerando que las cosas estaban bien como estaban y regocijándose en ello: que las mujeres, en cuestiones de amor y de hacer el amor, «no hay palabra, ejemplo o gesto que no conozcan mejor que todos nuestros libros, al ser ciencia que corre por sus venas»: pensamiento éste de Montaigne que todos mezquina, triste, obscenamente rumiaban en el tribunal de lo criminal de Oneglia. Y no sólo en la sala. No sólo los hombres. Quién sabe si no impregnaba también los sentimientos —arrepentimiento, remordimiento, temor— de la acusada. Así que se puede imaginar con qué común acuerdo —con ese acuerdo que expresamos mediante un guiño malicioso y de desconcierto (el guiño de ojos y el codazo al vecino con que se establece un común entendimiento, cuando se trata de coger una maliciosa alusión al vuelo)—, debió de ser acogida en el debate la pregunta que el abogado Rossi formuló a la superiora de las hermanitas de la Caridad de San Remo, en cuyo convento había estado hospedada la condesa observando una conducta que la superiora calificaba de «edificante», tanto con las hermanas como con la superiora. Había preguntado el abogado: «Los hombres estaban no obstante excluidos del convento: ¿no es así?». Y la superiora, con resentido candor, repuso: «A los hombres no les está permitido el acceso a los conventos de monjas».

1913 es el año del sufragio universal, del pacto Gentiloni, de la guerrilla en Libia (que, una vez terminada la guerra, da a la mayoría de los italianos más que la propia guerra la sensación de posesión colonial, el orgullo del *teneo te, Africa* y el de equipararse a las naciones europeas de más vieja, dilatada y amplia experiencia en asuntos de tierras de ultramar); y es también el año en que el nacionalismo sufre conmociones y sobresaltos que van en muy distinta dirección que la que sigue el gobierno en materia de política exterior. Existe además una novedad: entra el vigor «el texto definitivo del código de procedimiento penal». A través de las crónicas del proceso Tiepolo, los italianos se hacen una idea de las novedades introducidas en la «forma» del proceso penal. Con todo, el código penal sigue siendo el de 1889: edificio del que nada ha cambiado, por temor a que se venga completamente abajo. Y para no apartarnos del caso Tiepolo: la premeditación, ¿en qué consiste la premeditación? Nada más y nada menos: la premeditación es la premeditación. Así como todo el mundo sabe qué es el arte (ingenioso *incipit* de la estética de Croce), el código penal da por supuesto que todos sabemos en qué consiste la premeditación: y los jueces, con absoluta seguridad y perfectamente. Artículo 364: «Cualquiera que, con ánimo de matar, ocasionare la muerte de alguno, será castigado a reclusión de dieciocho a veintiún años»; pero el artículo 366 añade que se aplica la pena de cárcel en seis casos: y entre estos, en segundo lugar, cuando el delito se ha cometido «con premeditación». Y eso es todo.

Hay una novela de Simenon —*Maigret hésite*— que gira (creo mejor, en este caso, decir «se desarrolla») en

torno al artículo 64 del código penal francés que, magia de los números, en el italiano corresponde al 46. Curiosamente, sin embargo, es más preciso el del código italiano: «No se castigará a quien, en el momento de cometida la acción, se hallare en un estado de disminución de sus facultades mentales que le prive de la consciencia o de la libertad de sus propios actos». El del código francés, en cambio, dice que «no existe crimen ni delito cuando el acusado...». Los dos quieren decir la misma cosa: aunque existe una diferencia importante en lo que Manzoni llamaría la elocución. La premeditación, en nuestros días, es exacta y absolutamente lo contrario de lo que estos artículos definen: con la sola salvedad de que no se la define en modo alguno; por lo que, casi siempre, y a menudo con harta liberalidad, el agravante de premeditación cae sobre el acusado que *ha dispuesto de tiempo para reflexionar* sobre la decisión de dar muerte a su semejante. El tiempo, es decir, para que la pasión se enfríe hasta el punto de hacerle aconsejable desistir de su propósito homicida. Y de no enfriarse la pasión (proceso de enfriamiento al que por lo demás no es posible asignar un mismo tiempo para todo el mundo), se sigue que la decisión de matar ha sido fría, premeditada: sin tenerse en cuenta que el tiempo de la reflexión, por largo que éste sea, o mejor dicho, por cuanto que es más largo, puede acordarse en cambio con la intensificación de la pasión, con la exaltación, con el delirio.

En el caso de la condesa Tiepolo, para hacer verosímil o hasta cierta la premeditación, existe, según el parecer de la acusación, aparte del tiempo de que había dispuesto para reflexionar, la ventaja de que debía de haber calculado librarse de una relación que se le había vuelto incómoda y vejatoria y, en el imprevisto e indeseado embarazo, amenazante, cargada —forzoso es decirlo— de consecuencias irreparables tanto para ella como para su familia. Sin embargo, la pretendida ventaja se había resuelto —como no podía ser menos— con el arresto, la cárcel, el proceso y, sobre todo, con el hecho de que con Polimanti muerto casi toda Italia creía lo que poquísimos hubieran creído de haber estado vivo Polimanti: es decir, que ella hubiese sido su amante. Todo lo contrario del cálculo, pues; se quiera o no creer en la relación amorosa, la condesa mató por pasión y desesperación del amor propio, por superficial o profundo que éste fuera, dado a las apariencias o afirmativo de la libertad. Nada hubiera sido más injusto, por lo tanto, que aplicarle el agravante de premeditación, e igualmente injusto —aunque en cualquier caso no excesivamente injusto— el reconocer la legítima defensa: al menos si se considera el silencio que había precedido al disparo, la distancia que excluía el cuerpo a cuerpo, el haber quitado el seguro, y el blanco preciso e intencionado, más que para apuntar o herir, para dar muerte.

En conclusión: dejando a un lado las asociaciones criminales, en las que los delitos maduran con igual premeditación con que en los Estados Unidos se hacen las declaraciones de guerra o las represiones violentas, la casi totalidad de los delitos sentenciados como premeditados serían merecedores, por el contrario, de ser contemplados por el artículo 46. Los delitos verdaderamente premeditados son los que no se cometen.

Al jurado se le habían planteado once cuestiones a las cuales responder. La primera: «¿Se sostiene el hecho de que en la mañana del día 8 de noviembre de 1913, en San Remo, avenida Umberto nº 2, y más exactamente en el piso del capitán del primer regimiento de bersaglieri Ferruccio Oggioni y de su familia, se disparó contra el asistente Quintilio Polimanti un tiro de revólver al rostro cuyo proyectil, penetrando en la cavidad, fue la única e inmediata causa de su muerte?». Incontrovertible el hecho, superflua (y hasta podríamos decir que idiota) la pregunta: la respuesta es «sí». Segunda cuestión: «En caso de respuesta afirmativa [*como si hubiese cabido la posibilidad de una respuesta en contra: pues hubiera sido necesario llamar a un equipo médico y ponerles la camisa de fuerza a los miembros del jurado que la hubiesen votado*] a la precedente primera cuestión, ¿la acusada Maria Tiepolo Oggioni ha cometido la acción de disparar el tiro de revólver contra el asistente Quintilio Polimanti, ocasionándole instantáneamente la muerte?». ¿Cómo dudarle, si lo había confesado de inmediato? Tercera cuestión: «¿Se sostiene, en favor de la acusada María Tiepolo Oggioni, que haya cometido la acción forzada por la necesidad de rechazar por sí misma una violencia efectiva e injusta?». No hay una respuesta unánime: cinco «síes», cuatro «noes», y una abstención: suficiente, sin embargo, para echar por tierra las restantes ocho preguntas, con fines a una absolución.

La condesa es excarcelada inmediatamente. Y en seguida aparece el marido para abrazarla. ¿Se había mantenido en las cercanías a la espera de la sentencia, para decidir si comparecer o permanecer «alejado»? Pirandello había comenzado ya a explorar, como hemos dicho, esta ignota región del amor propio (La Rochefoucauld había afirmado que quedaban aún muchas otras por explorar): que es el modo de reaccionar, dirá Savinio, a los cuernos imaginarios o reales: un delirio que en los sicilianos particularmente cobra «un sentimiento cósmico». Pero todo era ya pirandelliano en el caso Tiepolo. Las múltiples verdades, el juego del ser y del parecer.

La sentencia tuvo resonancia en toda Italia, y fue discutida en todas partes más como muestra de desaprobación que de acuerdo. Pero antes de que el mes acabase, el archiduque Francisco Fernando y su esposa caían en Sarajevo. Disparos de una Browning éstos también: tan certeros como los de la condesa. Y a primeros de julio, el proceso Tiepolo era ya como un recuerdo lejano. Mientras los ejércitos se concentraban en las

fronteras, prestos para la gran masacre, alguien llamó la atención sobre ello: pero tan sólo porque en Francia se había absuelto a la señora Caillaux, que había dado muerte a Calmette, director de *Le Figaro*: comentando irónicamente que acaso estaba tomando auge la moda de absolver a señoras que mataban a hombres, asistentes o directores de diario.

Lo malo del vivir y del morir de los hombres es que Dios existe, pero de él sabemos menos, una vez muertos, de lo que sabemos en vida: pues al menos en vida, como decía Borges, hacemos de ello tema de la mejor literatura fantástica (y acaso no de la mejor, pero yo de momento la estoy haciendo). No hacemos, en vida, sino pronunciar el nombre de Dios en vano. Una vez muertos, quizá no lo pronunciemos ya. Y mientras vivimos creemos que palabras tales como «verdad», «justicia», «poesía», por el hecho de extraerlas de dentro de nosotros mismos y de las obras de nuestros semejantes, nos lo acercan; pero al acercarnos a la muerte uno descubre, por imprevisibles y fugaces avisos, que contrariamente nos lo alejan: como si existiese un complot contra Él, santo y seña de un atentado permanente y vanamente preparado. El ser es; y el no ser no es. ¿Y si fuesen la misma cosa? Pero ya la palabra «cosa» rebota vacía en el vacío, nada en la nada. Algo acude a nuestra mente que no conseguimos descifrar: y no es ya literatura fantástica. Pero todo lo demás lo es. Sigamos hablando, pues, de ello: y hasta el mismo Dios, que justamente en un cuento de Borges no es capaz de distinguir al teólogo ortodoxo del herético —no por confusión, cosa que no cabría en mente divina, sino porque nada de humano puede afectarla— podemos creer que no distingue al homicida del muerto, al verdugo de la víctima, al torturador del torturado, la alegría del dolor. «¿Dónde está el verdugo, dónde la víctima?»: ya la pregunta resonaba bajo el cielo de los dioses, en nombre de los dioses los hombres se la formulaban. En un teatro: tratando arrogantemente, inútilmente, de inquietar a los dioses.

Imaginemos, pues, un lugar donde no se pronuncie ya más el nombre de Dios: un salón Victoriano en perfecto orden, con muebles de un color caoba cálido, cuadros con paisajes y escenas de caza, estatuillas de porcelana cocida y *bibelots* de plata; un salón de amena conversación, sin jamás una pregunta que suene indiscreta, ni una palabra que suene inconveniente. Es el más allá, pero se asemeja al más acá de «La sonrisa de la Gioconda», relato de Aldous Huxley que no en vano he recordado aquí. Un relato que podría decirse policial: salvo que en él no se hace la menor mención del nombre de Dios, que, por lo general, todo relato policial menciona bajo la envoltura de la palabra «justicia». Una sencilla historia: una mujer cree ser amada por el marido de una amiga suya, si bien ignora que el hombre tiene ya una joven amante, de la que espera un hijo; la mujer, achacosa, un día que ha invitado a comer a su amiga —Miss Janet Spence—, he aquí que apenas acabada la comida se siente indispuesta, se mete en la cama y muere al poco tiempo: envenenamiento por arsénico, cosa de la que es acusado y condenado el marido. Lo ahorcan. Pero un día, en el salón de Miss Spence, el doctor Libbard, que había sido médico de la señora, y ahora lo era de la señorita, al referirse al tiempo o al jardín, deja caer como si tal cosa, distraídamente: «Creo que fue usted la que asesinó a la señora». «Sí», responde Miss Spence. Y el doctor: «Con café, supongo». «A lo que ella pareció asentir, distraída. El doctor Libbard se sacó del bolsillo la estilográfica y le extendió, con su bonita y meticulosa caligrafía, una receta por una poción somnífera».

Y tómese como una extravagancia, esto que estoy imaginando: que en un lugar donde no se pronuncia ya el nombre de Dios, mientras se hacen compañía charlando de todas las demás cosas, lejanas y serenas, un tal doctor Libbard (que, mejor que el abogado Raimondo, podría ser el profesor Conti), de repente y de un modo distraído, diga: «Queda aún una cosa que no he acabado de comprender: es esa maleta abierta sobre la cama, que ella dijo que estaba preparando para marcharse»; y que la condesa, al igual que Miss Spence, responda distraídamente: «A fin de no alarmarlo, era el mejor pretexto para abrir el cajón de la cómoda y sacar el revólver».

El año pasado escribí y publiqué un breve relato (¿cómo llamarlo?) que era, de forma deliberada, un homenaje a Manzoni: modesto —por lo que yo decía— en medio del clamor de las celebraciones del segundo centenario de su nacimiento. Este año se me ha ocurrido escribir otro, igualmente breve, que puede considerarse un homenaje a Pirandello, recurriendo al cincuentenario de su muerte: mas en esta ocasión no de forma deliberada, sin pensar en ello desde un principio. Y, una vez terminado de escribirlo, me pregunto qué *trait d'union*

pueda existir para mí entre estos dos escritores amados por un igual. Pero se necesitarían páginas y páginas para hallar una respuesta, como gusta decirse hoy, exhaustiva. La breve respuesta a que yo llego aquí y ahora es que el *trait d'union*

acaso sea Pascal; un Pascal muy distintamente leído por Pirandello y por Manzoni, y con muy distinto provecho también. Las razones del corazón que la razón quiere extraer y reclama para sí, para Manzoni; las mismas razones que escapan a la razón y se funden al terror cósmico, para Pirandello.

Pero al iniciar la redacción no estaba yo pensando en Pirandello. En lo que sí pensaba, más bien, era en un despreocupado paseo a través del tiempo, en un breve lapso de la crónica italiana: y por eso mismo puse como epígrafe los dos primeros y los dos últimos versos de la poesía de Palazzeschi que lleva precisamente por título «El paseo». Pero luego en el relato (una vez más ¿cómo llamarlo?) han entrado otras cosas: especialmente Pirandello, al que estaba frecuentando de nuevo.

Como siempre —y cada vez más conforme avanzan (esto es, retroceden) los años— he buscado la concisión. Se trata de una vieja aspiración que tengo, como codificada, en la transcripción ahora ya *in pectore* de la parte aquélla de las voces «sucinto, preciso, conciso» que en el *Diccionario de sinónimos* del viejo e incomparable Tommaseo atañe de forma más expresa al arte de escribir (y creo justo y oportuno deleitar aquí con ello al lector): «No puede ser escritor conciso quien no es preciso, porque al no tener un conocimiento exacto de las cosas, errará en todo momento en la propiedad de las voces, de la que se deriva la brevedad y la claridad, ese bello estilo al que nada es posible quitar ni poner sin desmedro de su mérito. Alfieri es escritor conciso, aunque no preciso; por cuanto no repara en que la brevedad o extensión de los escritos no debe medirse por el número de palabras, sino por el tiempo que nos lleva comprenderlas; y que es falsa la brevedad que lo es sólo sobre el papel... Alfieri, en su pretendida concisión, es a menudo más extenso que Metastasio; hay en él epítetos menos necesarios, por pretender que sean más ajustados y sugerentes. Mas no diré que Metastasio sea conciso. Ni uno ni otro son parcos; y la parquedad es mérito que abarca tanto a palabras como a cosas, a ideas como a sentimientos; y es tanto más deseable cuanto más directamente se considere moralmente». He tratado, pues, de buscar la concisión. Que lo haya logrado es otro asunto, que ya no me concierne.

Ya suficientemente atestado de citas, llamadas y alusiones, no he querido cargar este texto (una manera de no llamarlo relato) con envíos a notas explicativas y bibliográficas: para que la lectura discurriese sin estorbos, tanto para el ojo como para la mente, de números volados y otro tipo de signos que se encuentran en los libros, digamos, científicos: necesidad que con gusto disculpan los autores, es de creer; aunque no de tan buen grado los lectores, cuando como granizo les caen sobre la página números y signos. He pensado, pues, relegar aquí, sin ninguna indicación o número que las vincule al texto, las pocas notas que pueden ser de interés al lector.

Uno de los cincuenta ejemplares de la edición en *papier de Hollande* del *Martyre de Saint Sébastien* de

D'Annunzio,

que actualmente figura entre mis libros, lleva la siguiente dedicatoria autógrafa: «à Fernand Charles Ecot. *Chaque fleche est pour le salut.* Gabriele

d'Annunzio.

7 juin 1912 + 1». Dentro del libro hay una tarjeta de invitación para la «*répétition général*» del *Martyre*: señal de que el tal Ecot contaba para algo en el París de la época (cosa que yo, sin embargo, no he logrado averiguar).

Las agudezas cruzadas entre Renard y Blum figuran exactamente en la fecha del 21 de enero de 1905: en el *Journal* de Renard, obviamente.

El manifiesto de Marinetti contra el tango y *Parsifal*, una hoja volante, lleva la fecha 11 de enero de 1914. Pero a fin de que no se me acuse de inmotivada intolerancia respecto a Marinetti y el futurismo, helo aquí en toda su amena integridad:

«Hace un año, respondía yo a una encuesta del *Gil Blas* denunciando los venenos reblandecedores del tango. Este bamboleo epidérmico que se extiende paulatinamente por el mundo entero, y amenaza con corromper todas las razas, gelatinizándolas. Nos vemos por ello obligados, una vez más, a lanzarnos contra la imbecilidad de la moda y a descarriar la corriente borreguil del esnobismo.

Monotonía de ancas románticas, entre el centelleo de miradas y puñales españoles de De Musset, Hugo y Gautier. Industrialización de Baudelaire, *Fleurs du mal* ondeantes en las tabernas de Jean Lorrain, para *voyeurs* impotentes a lo Huysmans y para invertidos a lo Oscar Wilde. Postreros esfuerzos maníacos de un romanticismo sentimental decadente y paralítico hacia la Mujer Fatal de cartónpiedra.

Envaramiento de los tangos ingleses y alemanes, deseos y espasmos mecánicos de huesos y fracs incapaces de exteriorizar su sensibilidad. Plagio de los tangos parisinos e italianos, parejas-molusco, felinidad de la raza argentina estúpidamente domesticada, morfinizada y empolvada.

Poseer a una mujer, no es restregarse contra ella, sino penetrarla.

—¡Bárbaro!

¿Una rodilla entre los muslos? ¡Adelante! ¡Hay que meter las dos!

—¡Bárbaro!

Pues bien, sí, ¡bárbaros somos! Abajo el tango y sus cadenciosos deliquios. ¿Os parece, pues, muy divertido estaros mirando el uno al otro la boca y curaros los dientes estáticamente el uno al otro, como dos dentistas alucinados? ¿Arrancar?... ¿Empastar?... ¿Os parece, pues, muy divertido doblegaros el uno al otro con desespero, a fin de desembotellaros el espasmo recíprocamente, sin jamás conseguirlo?... ¿o bien quedaros contemplando la punta de vuestros zapatos, igual que zapateros hipnotizados? ¿Alma mía, calzas el 35?... ¡Qué bien calzada vais, sueño mío!... ¡También túúúúú!...

Tristán e Isolda que retardan su espasmo para excitar al rey Marco. Cuentagotas del amor. Miniatura de las angustias sexuales. Azúcar hilado del deseo. Lujuria al aire libre. Delirium tremens. Manos y pies de alcoholizados. Mímica del coito por cinematógrafo. Vals masturbatorio. ¡Puaf! ¡Abajo la diplomacia de las pieles! ¡Viva la brutalidad de una posesión violenta y la intensa furia de una danza muscular exaltante y fortificadora!

Tango, balanceo y cabeceo de veleros que han arrojado el áncora en las profundidades abisales del cretinismo. Tango, tango, balanceo de hacer vomitar. Tango, ¡lentos, pacientes funerales del sexo difunto! ¡Oh! ¡No se trata ciertamente de religión, de moral, ni de pudor! ¡Tales palabras carecen de sentido para nosotros! ¡Nosotros gritamos *Abajo el tango* en nombre de la Salud, la Fuerza, la Voluntad y la Virilidad!

Si el tango es un mal, peor aún es *Parsifal*, pues inocular en los danzantes vacilantes de tedio y languidez una incurable neurastenia musical.

¿Cómo evitaremos *Parsifal*, con sus chaparrones, sus cenagales, sus inundaciones de místicas lágrimas? ¡*Parsifal* es la desvalorización sistemática de la vida! Fábrica cooperativa de tristeza y desesperos. Estiramientos nada melodiosos de estómagos débiles. Mala digestión y aliento pesado de vírgenes cuarentonas. Plaños de viejos curas adiposos y catarrosos. Venta al por mayor y al menudeo de remordimientos y de elegantes vilezas para snobs. Insuficiencia de sangre, debilidad renal, histerismo, anemia y clorosis. Genuflexiones, afeamiento y aplastamiento del Hombre. Arrastrarse ridículo de notas rendidas y heridas. Resoplar de órganos ebrios y recostados en el vómito de leit-motifs amargos. Lágrimas y perlas falsas de María Magdalena en *decolleté*, en el Maxim's.

Purulencia polifónica de la úlcera de Amfortas. Somnolencia lacrimosa de los Caballeros del Graal. Satanismo ridículo de Kundry... ¡*Passatismo!* ¡*Passatismo!*... [\[2\]](#) ¡Basta!

Reyes y reinas del esnobismo, ¡sabed que nos debéis entera obediencia a nosotros, futuristas, innovadores vivos! ¡Dejad, pues, a la libídine bestial del público el cadáver de Wagner, innovador de cincuenta años atrás, cuya obra se ha visto superada por Debussy, por Straus y por nuestro gran futurista Pratella, y no significa ya nada! Vosotros habéis contribuido a defenderlo cuando lo necesitaba. Ahora nosotros os enseñaremos a amar y defender todo lo que está vivo, oh queridos esclavos y borregos del esnobismo.

Olvidáis, por otro lado, que *este último argumento*, el único *convinciente para vosotros*: amar a Wagner hoy y a su *Parsifal*, que se representa por doquier y sobre todo en provincias... dar actualmente tés-tango, como todos los burgueses de mundo que se precien, ¡vamos!, ¡YA NO ES MAS CHIC!»

El pintor Julio Romero de Torres cuenta con un museo exclusivo en Córdoba, donde nació en 1877 y murió en 1930. Una visita al Museo de Romero de Torres reserva encantadores momentos, en una ciudad que de encantos tiene muchos.

El drama *La señora sin sosiego* (y no *La mujer sin sosiego*, como se dice en cambio en el proceso) es de Regina Winngé: escritora que evidentemente goza de la paz del olvido.

El proceso a María Tarnowska, cómplice de Nicolás Maumoy en el asesinato del conde Pablo Kamarowsky, había tenido lugar en Venecia del 4 al 20 de mayo de 1910. Caso más bien turbio, que apasionó a los italianos. La defensa corrió a cargo de Arturo Vecchini y del joven Francesco Carnelutti. Annie Vivanti encontró inspiración en él para su novela *Circe*.

La defensa del abogado Raimondo fue publicada entonces, más extensamente que las demás del proceso Tiepolo, por todos los periódicos; y hace unos diez años fue antologizada en un volumen-aguinaldo de la editorial Giuffrè titulado *La palabra a la defensiva*: como uno de los cuatro ejemplos de la oratoria de los «abogados de antaño». Las tres restantes son las defensas de Enrico Ferri, Enrico Pessina y Genunzio Bentini. El volumen está acompañado con dibujos de Mino Maccari, que es justo lo que faltaba.

La señora Caillaux, exmujer del ministro Joseph Caillaux, dio muerte en 1914 a Gaston Calmette, que había hecho de *Le Figaro* el órgano del nacionalismo francés, y había acusado por razones patrióticas al ministro de corrupción. Pero la señora manifestó haber matado a Calmette porque se sentía ofendida por la publicación de una carta suya muy privada. Motivos de honor, por tanto.

Que la existencia de Dios pertenezca a la mejor literatura fantástica, lo ha dicho Borges en más de una entrevista. El cuento a que hago referencia, «Los teólogos», se encuentra en *El Aleph*. [Edición española en Alianza Editorial, Madrid.]

Notas

[1] Referencia a una de las treinta y dos divisiones de la rosa náutica. Expresión entonces de moda, en alusión a la Tripolitania. (N. del T.) <<

[2] Secretada y secreta son en italiano palabras homónimas (*secreta*). (N. del T.) <<

[3] Machismo. (N. del T.) <<

[4] Traducimos literalmente para no desvirtuar el sentido general del párrafo. La expresión italiana (*Jar cascare l'asino*) vendría a significar perder el hilo del discurso, írsele a uno el santo al cielo. (N. del T.) <<

[5] «Entre dos mensajes / igualmente distantes y apetitosos / antes moriría de hambre el que tuviese libertad completa de elección / que llegar uno de ellos a sus dientes.» (N. del T.) <<

[6] «Me enciende la sonrisa de su boca fresca, / la vana espera, el dicho agudo, la hora, / el perfume de historia bocachasca. / Ella se me burla, se resiste, implora, / invoca el nombre de su ama: / ¡Ah! ¡Qué vergüenza! ¡Pobre señora! ¡Ah! ¡Pobre señora! Y se abandona». (N. del T.) <<

[7] Se denominaba así a toda tendencia que quisiese reinstaurar el pasado. Fue una palabra acuñada por los futuristas para indicar las antiguallas, todo lo viejo de que se quería liberar al arte. (N. del T.) <<



Leonardo Sciascia (Racalmuto, 1921 - Palermo, 1989) Narrador y político italiano que defendió en sus novelas y ensayos la moral de la razón frente a la desintegración y el caos propugnados por la mafia o el terrorismo italianos.

No desdeñó ni la opinión (como puso de manifiesto en *El caso Aldo Moro*, donde reflexionaba sobre el secuestro del presidente de la Democracia Cristiana) ni la participación política directa: fue diputado del partido Radical entre 1979 y 1983. Su posición de intelectual comprometido no tuvo una representación literaria torpe o dogmática. Por el contrario, utilizó una escritura de tipo clásico para iluminar con precisión extrema ciertas zonas de la realidad.

Las parroquias de Regalpetra (1956), vinculada a la tradición del neorrealismo y de la literatura meridional, fue la primera novela que despertó un interés nacional. Al igual que los relatos de *Los tíos de Sicilia* (1958 y 1961) eran documentos ficticios de un imaginario rincón de Sicilia. Como subrayó más tarde, estos textos fundaron una indagación sobre “la historia de una progresiva desaparición de la razón y la historia de aquellos que fueron convulsionados y aplastados por ese ocaso del pensamiento”.

Sciascia utilizó las formas de la novela negra para desentrañar el asesinato del sindicalista comunista Miraglia en *El día de la lechuza* (1961), primer relato donde la mafia se representa como una organización socio-económica dentro del Estado, y en *A cada cual lo suyo* (1966). Proceso y enjuiciamiento de una realidad que le llevó a decir: “Odio, detesto Sicilia en la misma medida que la amo”. La indagación histórica y las falsificaciones e imposturas del pasado dan forma a *El consejo de Egipto* (1963) y también a *Muerte del inquisidor* (1964), personaje que reaparece, junto con los horrores del sistema de castigos, en los relatos ensayísticos de *La cuerda de los locos* (1970).

La realidad italiana metafórica o directa aparece en *El contexto* (1971) y *Todo modo* (1974), novelas donde se combina la pérdida de la racionalidad con las complejidades barrocas originadas en los trágicos y oscuros acontecimientos de la década de 1970. Inspirado en Voltaire, escribió *Cándido o un sueño siciliano* (1977), suerte de autobiografía intelectual en la que propone algunas soluciones racionales a las tinieblas y expresa su desencanto de las formas políticas tradicionales.

No menos interesantes resultan los ensayos que dedicó a la memoria de ciertos personajes y hechos notables: *Atti relativi alla morte de Raymond Roussel* (1971), que se suicidó en Palermo en 1933, o *Los navajeros* (1976), sobre un complot urdido en 1862; o los relatos cortos de corte policiaco como *La desaparición de Majorana* (1975), sobre la extraña ausencia de un físico. Sus últimas obras importantes fueron *1912+1* (1986) y *El caballero y la muerte* (1989), basado en un grabado de Durero y donde, a modo de testamento, analiza la experiencia de la muerte.